

SPARTACIST



número 7

junio de 1979

edición en español

CUBA ESTADO OBRERO DEFORMADO

**GUERRILLEROS EN
EL PODER/2**

**CASTRO EN BUSCA
DE LA DISTENCION
HEMISFERICA/8**

**CUBA EXPORTA
LA TRAICION
ESTALINISTA/18**



EE.UU., Puerto Rico,
Canada y Australia \$0,50

España 40 ptas.
Francia 3 F.

Portugal 20\$00
Alemania DM 1,50

Mexico \$10,00
Colombia \$15,00

Guerrilleros en el poder

Un régimen burocrático anti-obrero



—traducido de *Workers Vanguard* No. 102,
26 de marzo de 1976

Como parte de un amplio intento de "institucionalizar" su dominio, el reciente congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC) aprobó una nueva constitución "socialista" para el país, la cual reemplazará la "Ley Fundamental" burguesa de 1940. El primer ministro Fidel Castro aprovechó la ocasión para presentar la "versión autorizada enmendada" de la historia de la Revolución Cubana.

Esta presentación panorámica fue particularmente significativa en el contexto de la nueva constitución, dado que una de las demandas claves de Castro en su primera época —desde el ataque a Moncada el 26 de julio de 1953 hasta el derrocamiento del dictador Batista el 1º de enero de 1959— fue precisamente el retorno a la constitución de 1940. Esto plantea el problema primordial de la naturaleza

de clase del movimiento guerrillero y de la revolución que llevaron a cabo, así como las causas y el significado del paso de un programa burgués "democrático" a la expropiación de la burguesía.

Estas son cuestiones de tremenda importancia para todo comunista puesto que se refieren a los más fundamentales problemas de la estrategia revolucionaria en los países capitalistas atrasados. ¿Puede la pequeña burguesía —tradicionalmente considerada por los marxistas como grupo vacilante, incapaz de proveer una dirección independiente de clase— llevar a cabo una revolución socialista, tal como afirma el revisionista "Secretariado Unificado"? ¿O ha sido Cuba a lo largo de todos estos años un estado capitalista como dicen los maoistas y los seudotrotskyistas del "Comité Internacional" de Gerry Healy? Si, por otro lado, el régimen de Castro ha sido desde fines de 1960 un estado obrero deformado, como sostiene únicamente la tendencia espartaquista internacional, ¿cómo es que se formó y qué implica para la teoría trotskista de la revolución permanente?

¿Un comunista disfrazado?

En su discurso de inauguración del congreso del PCC, el "comandante" Castro alabó repetidamente la política de los dirigentes estalinistas de la Unión Soviética. Firmemente comprometido en la órbita soviética desde hace mucho tiempo, Castro busca identificar su política actual con la de los jóvenes militantes que en 1953 asaltaron el cuartel de Santiago de Cuba y con el núcleo del Ejército Rebelde que tres años después inició la lucha guerrillera en las montañas de la Sierra Maestra.

Entre los "pilares sólidos" sobre los cuales se basaban los dirigentes del Movimiento 26 de Julio, Castro menciona "los principios del marxismo-leninismo". Agrega: "Aún cuando éste no fue el modo de pensar de todos aquellos que emprendieron el camino de la lucha armada revolucionaria

índice

Guerrilleros en el poder.....	2
Castro en busca de la.....	8
distensión hemisférica	
iVengar a Letelier!	14
Cuba exporta la traición	18
estalinista	
Ernest Mandel: un centrista ...	32
para toda época	

en nuestro país, si lo fue en el caso de sus dirigentes principales" (*Granma*, 28 de diciembre de 1975). Castro también afirmó que entre los jóvenes combatientes había "un profundo respeto y admiración por los viejos comunistas" del Partido Socialista Popular (PSP) pro-Moscú, quienes "mantenían en alto, con firmeza inquebrantable, las nobles banderas del marxismo-leninismo."

La realidad fue muy distinta. El informe de Castro no tocó el tema del programa del movimiento antibatistiano, pero en un breve comentario indirecto, dirigido a los que conocen algo de las luchas de los años 50, agregó: "... no sólo fue necesaria la acción atrevida, sino también astucia y flexibilidad por parte de los revolucionarios... Durante el período de la lucha insurreccional la proclamación del socialismo no habría sido comprendida por el pueblo, y el imperialismo habría intervenido directamente en nuestro país con sus tropas."

Semejantes afirmaciones se pueden encontrar en muchos de los ataques derechistas a Castro, acusándole de haber "traicionado la revolución" contra Batista y de haber engañado al pueblo. Ciertos apologistas de izquierda del régimen de La Habana también proclaman el mito de Castro, el "marxista-leninista disfrazado" que les dió gato por liebre a los imperialistas. "Los dirigentes de la revolución tuvieron que conocer al pueblo y hablarle en términos que pudieran fácilmente comprender" escribe E. Boorstein en *The Economic Transformation of Cuba* (1968). Otros, como el ex-maoísta Progressive Labor Party (PL), quienes intentan criticar a Castro desde la izquierda, sostienen haber estado encantados al principio por "la manera en la cual el 'Che' [Guevara] hábilmente llevó Cuba al socialismo de espaldas a todo el mundo" (Jake Rosen, "Is Cuba Socialist?" *PL*, noviembre de 1969). Insistiendo que "no creemos más en maniobras sutiles", PL concluyó que Cuba permanece capitalista. La verdad es

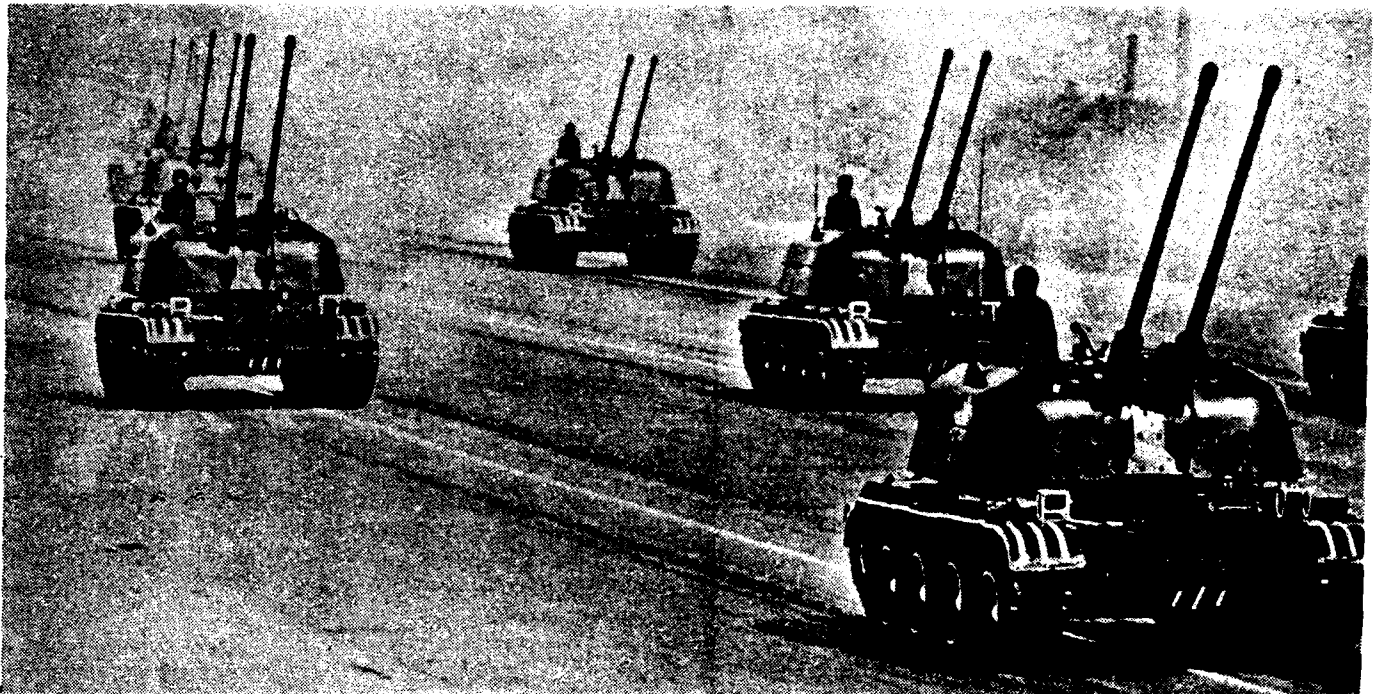
más compleja más dialéctica que tal palabrería simplista caracterizando a Guevara y a Castro como estafadores.

Un demócrata jacobino radical

Todas estas "explicaciones" no son más que una teoría conspirativa de la historia e ignoran el verdadero carácter social del movimiento de Castro. Por una parte, ni siquiera Castro pretendía formar parte del movimiento obrero durante la lucha contra la dictadura respaldada por los EE.UU. Por el contrario, fue un demócrata jacobino radical pequeñoburgués, siguiendo los pasos del "apóstol" de la independencia cubana: José Martí. Su experiencia política fue la de un dirigente estudiantil liberal y abogado constitucionalista. Durante un tiempo fue presidente del directorio estudiantil de la Universidad de la Habana, y en 1948 votó por Eduardo Chibás, candidato del Partido Ortodoxo, quien se presentaba para presidente nacional con un programa contra la corrupción y el malgobierno. En 1952, Castro fue candidato al Congreso cubano en la Lista Ortodoxa, pero un golpe de estado por el ex-hombre fuerte militar Fulgencio Batista canceló los comicios.

Luego del golpe del 10 de marzo, la primera acción del joven abogado contra el dictador no fue la agitación entre los obreros y campesinos, ¡sino una apelación ante un tribunal de emergencia en la capital pidiendo el arresto de Batista, por contravenir el Código de Defensa Social! Leo Huberman y Paul Sweezy comentan en su apología simplista de Castro (*Cuba: Anatomy of a Revolution* [1960]): "Cuando su petición por el encarcelamiento de Batista fue rechazada por el tribunal, Fidel decidió que había sólo un camino para derrocar al usurpador: la revolución." Sus metas eran: "un gobierno honesto" y "una Cuba verdaderamente soberana".

Los métodos que luego utilizó el joven abogado entraban perfectamente dentro del marco de la política



Prensa Latina

Tanques de origen soviético desfilan en La Habana en ocasión del XX aniversario del asalto al Moncada.

burguesa tradicional de América Latina. Varios pseudo-marxistas, desde el mismo Castro hasta los seguidores del pseudotrotskyista Ernest Mandel, hoy día pretenden que la "estrategia" guerrillera cubana estaba de algún modo a la izquierda del reformismo estalinista corriente porque abarcaba "la lucha armada". "Olvidan" que en las condiciones inestables de América Latina, casi toda tendencia política, en un momento u otro, ha "cogido el fusil". El primer intento de acción revolucionaria de Castro, por ejemplo, no fue nada menos que un "pronunciamiento" de estilo clásico.

El proyecto del asalto al Moncada era sorprender a los mil soldados ahí acuartelados, quitarles sus armas y luego apoderarse de la estación de radio para transmitir el último discurso de Chibás (quien se había suicidado en 1951), terminando con un llamado a las armas invitando al pueblo cubano a levantarse contra el dictador. Se han visto acciones similares numerosas veces en México, Bolivia, Perú o Argentina. En este caso, sin embargo, la acción fracasó, en parte debido a una mala preparación, y la mayoría de los 200 atacantes murieron durante el asalto o fueron brutalmente asesinados por los torturadores de Batista en la subsiguiente operación de limpieza.

El programa del Movimiento 26 de Julio

Durante su proceso en septiembre, Castro (quien había sido capturado en los montes que rodean la capital de la provincia de Oriente) logró poner al gobierno en el banco de los acusados con un discurso dramático condenando al régimen por su opresión del pueblo. En este discurso, posteriormente publicado como folleto titulado "La historia me absolverá", Castro detalló cinco "leyes revolucionarias" que hubieran sido proclamadas inmediatamente después de la toma de la Moncada.

Estos decretos proyectados muestran claramente el contenido social de la revolución que planeaban los rebeldes del 26 de julio. El primero era retornar a la constitución de 1940, el segundo era otorgar títulos de propiedad a los arrendatarios y colonos (con indemnización por el gobierno a los antiguos propietarios, basándose en el valor del arrendamiento que hubieran recibido durante los próximos diez años); el tercero establecía la compartición de ganancias, el cuarto que los cultivadores de la caña recibirían el 55 por ciento de la producción de azúcar (en contraste con la situación existente en la cual la gran mayoría de los ingresos iban al ingenio); y el último confiscaba las "ganancias mal

adquiridas de todos aquellos que habían cometido fraudes durante regímenes anteriores".

Como escribió el periodista-académico de guerra fría Theodore Draper: "No hay casi nada en el programa económico y social de 'La historia me absolverá' que no se pueda remontar por lo menos hasta... el programa de 1935 del Partido Auténtico del Dr. Grau San Martín, ni que decir de la propaganda posterior de Chibás" (*Castroism: Theory and Practice* [1965]).

Cuando se trata de la lucha antibatistiana de Castro luego de la catastrófica expedición del yate *Granma* hacia la provincia de Oriente en diciembre de 1956, normalmente se habla exclusivamente en términos de una pequeña banda de guerrilleros que con el tiempo se fueron ganando el apoyo de los jibaros (campesinos). Pero simultáneamente el líder del pequeño Movimiento 26 de Julio negociaba con ciertos destacados políticos burgueses. De manera que el documento rebelde más ampliamente difundido, el "Manifiesto de la Sierra Maestra" fechado en julio de 1957, fue firmado por Castro, Raúl Chibás (hermano de Eduardo) y Felipe Pazos, el ex-presidente del Banco Nacional de Cuba.

El manifiesto Castro-Chibás-Pazos se pronunció a favor de "elecciones imparciales y democráticas", organizadas por un "gobierno provisional neutral"; de la "separación [del] ejército de la política"; de la libertad de prensa; de "una política financiera sólida" e "industrialización"; y de una reforma agraria basada en otorgar propiedad a los arrendatarios y colonos (con previa indemnización de los propietarios). El programa de diez puntos sería llevado a cabo por un Frente Revolucionario Cívico, conformado por representantes de todos los grupos de oposición.

La última declaración programática desde la Sierra Maestra, emitida en octubre de 1958 cuando el régimen de Batista se desmoronaba, fue la "Ley No. 3" sobre la reforma agraria. Basada en el principio de la tierra a quien la trabaja, no hizo mención ni de cooperativas, ni de granjas estatales.

Cuando Fidel y Raúl Castro bajaron de la Sierra Maestra, irrumpiendo en los llanos de la provincia de Camagüey para enlazarse con Ernesto "Che" Guevara y Camilo Cienfuegos y luego marchar sobre La Habana, el Ejército Rebelde estaba lejos de ser una organización de masas, contando con sólo unos 1.100 soldados, la mayoría de ellos campesinos.

El gobierno provisional, instaurado con el visto bueno de Castro, no fue, desde luego, dominado por ministros del 26 de Julio. El presidente era Manuel Urrutia, un antiguo juez; el primer ministro, José Miró Cardona, ex-presidente de la Cámara de Abogados de La Habana; el ministro de relaciones exteriores era Roberto Agramonte, el candidato presidencial del Partido Ortodoxo en el año 1952; y una vez más se colocó a Felipe Pazos en la presidencia del Banco Nacional. El jefe de la nueva Fuerza Aérea Revolucionaria era un tal Pedro Díaz Lanz. Ya para fines del año 59, todos éstos habían emigrado a los EE.UU., reuniéndose con los ex-batistianos en Miami. Miró sería luego el presidente título de un "Consejo Revolucionario" organizado por la CIA para servir de cubierta a su invasión a Playa Girón en abril de 1961.

La política adoptada por el nuevo régimen durante sus primeros meses en funciones era ciertamente un cambio radical de la corrupción *laissez faire* y de la venalidad orgiástica del "gobierno" Batista, el cual fue casi equiva-

edición en español
(Incorpora a Cuadernos Marxistas)

SPARTACIST

(Fourth Internationalist)
revista de marxismo revolucionario

Editado para el Secretariado Interino de la tendencia espartaquista internacional, de acuerdo con la "Declaración para organizar una tendencia trotskista internacional", por la Spartacist Publishing Company, Box 1377, G.P.O., New York, NY 10001 EE.UU. Teléfono: (212) 986-8841.

Las opiniones expresadas en los artículos firmados o en cartas no expresan necesariamente el punto de vista de la redacción.

número 7
X-523
junio de 1979

lente a tener a Al Capone en la Casa Blanca. No obstante, las acciones del gobierno revolucionario no rebasaron los límites del régimen capitalista.

Entre las primeras medidas se contaban la reducción a la mitad del precio de la electricidad en las zonas rurales, reducciones de hasta el 50 por ciento de los alquileres para los pobres, y la implementación de la ley de reforma agraria de la Sierra Maestra junto con el decomiso de las haciendas de los esbirros de Batista. En los Estados Unidos, la prensa burguesa, encabezada por la revista *Time*, azuzó una reaccionaria campaña publicitaria contra los juicios por crímenes de guerra de los ensangrentados carniceros del régimen de Batista (de cuyas bestialidades no habían informado nada los medios de comunicación imperialistas). En total, fueron ajusticiados sólo 550 de los más notorios criminales, con el amplio apoyo de casi todas las clases del pueblo cubano.

Pero mientras este primer gobierno postbatistiano estaba encabezado por auténticos políticos burgueses liberales, el verdadero poder estaba en manos del Ejército Rebelde, y es por eso que los dirigentes abiertamente contrarrevolucionarios salieron del país sin lucha alguna. Los combates guerrilleros en los montes fueron militarmente marginales, pero lograron cristalizar el odio popular masivo al régimen de Batista. Cuando los dirigentes del Movimiento 26 de Julio entraron en la capital, el ejército oficial y el aparato policial—el núcleo del poder estatal—ya habían caído. Los castristas procedieron a barrerlo y organizar un nuevo aparato represivo compuesto y organizado de manera totalmente distinta.

El ejército guerrillero era una formación pequeñoburguesa, políticamente heterogénea, cuya dirección había sido reclutada de entre antiguos estudiantes y profesionales, y cuyas filas provenían del campesinado de la sierra. Mientras Castro y el resto de la dirección habían firmado varios programas, manifiestos, etc., con liberales de la oposición, sus previos lazos directos con la burguesía se habían roto. Más importante todavía es el hecho de que el Ejército Rebelde no se enfrentaba con un proletariado combativo y consciente, el cual hubiera polarizado a los militantes pequeñoburgueses, atrayendo algunos al lado de los obreros y empujando a los demás a los brazos de Urrutia, Miró Cardona y Cía. Consecuentemente, lo que surgió en La Habana luego del derrocamiento de Batista fue un fenómeno necesariamente transitorio y fundamentalmente inestable: un *gobierno pequeñoburgués* que no estaba comprometido ni a la defensa de formas de propiedad privada burguesa, ni a formas de propiedad colectivista del dominio proletario (ver "Cuba y la teoría marxista", *Cuadernos Marxistas* No. 3).

La consolidación del estado obrero deformado

Aunque este régimen era temporalmente autónomo del orden burgués (o sea, no existía en el sentido marxista un *estado* capitalista, en otras palabras no existían los cuerpos armados dedicados a la defensa de las formas particulares de propiedad de la burguesía) Castro no podía ausentarse de la lucha de clases. Luego del 1º de enero de 1959 un nuevo poder estatal burgués pudo haber sido erigido en Cuba, como ocurrió después de la salida del régimen colonial francés de Argelia en 1962. En el caso argelino, el proceso fue ayudado por la conclusión de los acuerdos neocoloniales de Evian, garantizando textualmente la propiedad de los colonos franceses, y por el hecho de que el

poder fue entregado a un ejército regular que había jugado un rol muy reducido en la lucha guerrillera.

Sin embargo, el imperialismo norteamericano no fue tan complaciente y pronto inició un fuerte conflicto económico que rápidamente se intensificó hasta envolver acciones militares contra los nuevos mandatarios en La Habana. Esta presión imperialista, por su parte, empujó hacia la izquierda al núcleo de la dirección cubana mientras condujo a otros sectores del Movimiento 26 de Julio a unirse con los liberales burgueses y los batistianos en el exilio.



Hill & Wang

"Fidel" en la zafra: estalinismo estilo cubano

El primer enfrentamiento fuerte con la burguesía criolla tuvo lugar en torno a la proclamación de una ley moderada de reforma agraria en mayo del 59. La nueva ley expropiaba todas las propiedades por encima de 400 hectáreas, que serían indemnizadas con bonos del gobierno revolucionario, redimibles en 20 años. La reacción previsible no se hizo esperar: los terratenientes declararon que "esto es peor que el comunismo" y el Departamento de Estado envió una nota arrogante deplorando que los inversionistas estadounidenses no habían sido previamente consultados. La próxima medida de Castro que provocó la ira de los capitalistas fue la destitución de Felipe Pazos de la presidencia del Banco Nacional y su reemplazo por Guevara. En febrero de 1960, el vice primer ministro ruso Mikoyan visitó a Cuba y firmó un acuerdo para comprar un millón de toneladas anuales del azúcar cubano. Esto liberó a Cuba de su anterior dependencia casi exclusiva del mercado de los EE.UU., y cuando el 29 de junio de 1960 las refinerías de petróleo pertenecientes a compañías norteamericanas se rehusaron a aceptar petróleo crudo importado desde la URSS, ellas fueron nacionalizadas. El 3 de julio, el Congreso estadounidense aprobó una ley eliminando la cuota de azúcar cubana, y dos días más tarde Castro tomó posesión de las propiedades norteamericanas en la isla (fundamentalmente ingenios azucareros).

Entretanto la polarización dentro del heterogéneo movimiento castrista seguía profundizándose. Ya para julio de 1959, el presidente Urrutia provocó una crisis gubernamental al denunciar al PSP y al comunismo; casi simultáneamente, el jefe de la fuerza aérea, Díaz Lanz, le pidió al ministro de defensa Raúl Castro depurar a los comunistas de las fuerzas armadas. Poco después Díaz huyó a los Estados Unidos y Urrutia dimitió, siendo reemplazado por Osvaldo Dorticós. En octubre el comandante militar de la provincia de Camagüey, Hubert Matos, trató de lanzar una rebelión regional junto con dos docenas de sus oficiales, pero su intentona fue rápidamente aplastada y Matos y sus hombres fueron arrestados.

No sólo al interior de las nuevas fuerzas armadas ocurría esta diferenciación. La organización de La Habana del Movimiento 26 de Julio y su periódico *Revolución* fueron a principios de 1959 fuentes de un anticomunismo agresivo.

La crisis entre el ala derecha y el ala izquierda llegó al punto culminante durante la batalla por los sindicatos, donde David Salvador había sido instalado a la cabeza de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) para reemplazar al gangster lacayo de Batista Eusebio Mujal. Salvador puso fin inmediatamente a la colaboración práctica establecida a fines de 1958 entre el PSP y el Movimiento 26 de Julio en el movimiento sindical, y nombró a anticomunistas para todos los puestos en el comité ejecutivo de la CTC. En el congreso de la CTC de noviembre de 1959 hubo un choque decisivo, y luego de una intervención personal de Fidel Castro se quebró la espina dorsal del ala anti-PSP (la cual habría incluido cierto número de ex-mujalistas). Salvador renunció pocos meses después, y el control de los sindicatos pasó al viejo estalinista Lázaro Peña (ver J.P. Morray, *Second Revolution in Cuba* [1962]).

El paso culminante en las nacionalizaciones ocurrió en el otoño de 1960, con una serie de tomas de empresas (las tabacaleras, los bancos norteamericanos y luego, el 13 de octubre, los demás bancos y otras 382 empresas). A mediados de octubre fueron nacionalizadas todas las fábricas de productos agropecuarios; todas las fábricas de medicinas, textiles, papeleras, metalúrgicas y químicas; todos los ferrocarriles, puertos, imprentas, compañías constructoras y grandes almacenes. En su conjunto, estas medidas hicieron al estado dueño del 90 por ciento de la capacidad industrial de Cuba.

La revolución permanente

Con la toma de la propiedad capitalista en Cuba, por primera vez en el hemisferio occidental—y “a sólo 90 millas de Florida”—el mundo presencié la expropiación de la burguesía como clase. Como era de esperarse ésto hizo de la revolución cubana un objeto de odio para los imperialistas. Asimismo convirtió a Castro y a Cuba en objetos de adoración de toda clase de revolucionarios potenciales y de una amplia franja de la opinión radical pequeñoburguesa. La Nueva Izquierda, con su feroz antileninismo, instintivamente hizo suya esta revolución hecha “por el pueblo” pero sin un partido leninista ni la participación de la clase obrera.

Sin embargo, para los que se reclaman del trotskismo, la Revolución Cubana planteaba importantes problemas programáticos. La teoría de la revolución permanente sostenía que en las regiones capitalistas atrasadas, la burguesía era demasiado débil y atada por sus lazos con los

imperialistas y feudalistas para poder lograr una revolución agraria, la democracia y la emancipación nacional—objetivos de la revolución burguesa clásica. El análisis de Trotsky de la Revolución Rusa de 1905 le llevó a su insistencia de que el proletariado debe establecer su propio dominio de clase, con el apoyo del campesinado, para poder siquiera lograr las tareas democráticas de la revolución burguesa; y se vería obligado desde el principio a tomar medidas socialistas, dándole el carácter permanente a la revolución.

La Revolución Cubana demostró que aún con una dirección que empezó su insurgencia sin perspectivas que fueran más allá del radicalismo pequeñoburgués, resultó imposible una verdadera reforma agraria y la emancipación nacional del yugo del imperialismo yanqui sin la destrucción de la burguesía como clase. Una vez más confirmó la posición marxista de que la pequeña burguesía—compuesta de elementos altamente movedizos y contradictorios, sin la fuerza social para luchar independientemente por el poder—es incapaz de establecer un nuevo modo característico de relaciones de propiedad. Al contrario, se ve forzada a valerse de las formas de propiedad de una de las dos clases fundamentalmente contrapuestas en la sociedad capitalista: la burguesía o el proletariado.

Así la dirección castrista, bajo las circunstancias excepcionales debidas al colapso del régimen de Batista en la ausencia de una poderosa clase obrera, capaz de luchar por el poder estatal en su propio nombre, fue empujada por la hostilidad enloquecida del imperialismo estadounidense a crear un estado obrero *deformado* que se asemejaba cada vez más al modo de dominio del estado obrero degenerado en la URSS, conforme los castristas consolidaban un aparato burocrático estatal. La evolución de la dirección cubana desde radicales pequeñoburgueses hasta administradores del estado obrero deformado (y la incorporación de los comunistas cubanos en su seno) confirmó la caracterización por Trotsky de los estalinistas rusos como una casta pequeñoburguesa basada en las formas de propiedad establecidas por la Revolución de Octubre. Más aun, la Revolución Cubana proporciona una prueba negativa de que sólo el proletariado consciente, dirigido por un partido marxista de vanguardia, puede establecer un estado obrero revolucionario democráticamente gobernado, y así preparar las bases para la extensión internacional de la revolución y abrir el camino al socialismo.

A diferencia de la Revolución Rusa—que necesitó una contrarrevolución política bajo Stalin para devenir en estado obrero burocráticamente degenerado—la Revolución Cubana fue deformada desde sus inicios. La clase obrera cubana, por no haber jugado esencialmente ningún papel en el proceso revolucionario, nunca tuvo en sus manos el poder político, y el estado cubano fue gobernado desde sus inicios por los caprichos de la camarilla castrista en vez de ser administrado por consejos obreros democráticamente elegidos (soviets).

La corriente revisionista que surgió en el movimiento trotskista durante la década de los 50 vió en Cuba la perfecta justificación de su abandono de la construcción de partidos trotskistas de vanguardia. Al ignorar el factor clave de la democracia obrera y así eliminar la diferencia cualitativa entre un estado obrero deformado como la Rusia estalinista o la Cuba castrista por una parte, y el estado

obrero sano de Lenin y Trotsky por otra, los partidarios europeos del Secretariado Internacional (S.I.) de Michel Pablo recibieron a la Revolución Cubana como prueba de que transformaciones revolucionarias podrían tener lugar sin la dirección de una vanguardia proletaria. Cuba se convirtió en el modelo del "proceso revolucionario" bajo "nuevas condiciones", y el esquema al cual se han aferrado los revisionistas a pesar del fracaso de un sinnúmero de luchas guerrilleras en Latinoamérica en sus intentos de reproducir la "vía cubana".

Por otra parte, para el Socialist Workers Party (SWP) norteamericano, Cuba fue el paso decisivo en la degeneración del partido como abanderado del trotskismo revolucionario. Durante los años 50 había combatido el concepto pablista del "entrismo profundo" en los partidos reformistas de masas. Pero con su carácter revolucionario debilitado por el macartismo, los dirigentes del SWP estaban buscando desesperadamente una causa popular que les permitiera salir de su aislamiento.

Joseph Hansen, un viejo dirigente del SWP, declaraba entusiásticamente:

"¿Qué estipulaciones tiene el marxismo para una revolución evidentemente de *tendencia socialista* pero animada por el campesinado y dirigida por revolucionarios que nunca han profesado metas socialistas?... ¡No está en el código!... Si el marxismo no tiene estipulaciones para este fenómeno, quizás es hora de hacerlas. Parecería oportuno a cambio de una revolución tan buena como ésta."

— "La teoría de la Revolución Cubana", 1962
[subrayado nuestro]

Al calificar a la revolución "de tendencia socialista" y habiéndola igualado con la Rusia de Lenin, Hansen no podía simplemente ignorar la cuestión decisiva de la democracia obrera. "Es cierto que éste estado obrero carece todavía de formas de la democracia proletaria", escribió. Pero agregó inmediatamente, "Esto no significa que no haya democracia en Cuba."

La dirección del SWP aprovechó la convergencia sobre la cuestión cubana para proponer la reunificación con el S.I. En un documento de 1963, titulado "Por una pronta reunificación del movimiento trotskista mundial", el SWP hablaba de "la aparición de un estado obrero en Cuba, cuya forma exacta está todavía por establecerse"; y de la "evolución hacia el marxismo revolucionario [del] Movimiento 26 de Julio". Concluía:

"En el transcurso de una revolución que empieza con simples demandas democráticas y termina con la ruptura de las relaciones de propiedad capitalistas, la guerra de

guerrillas conducida por campesinos sin tierra y fuerzas semiproletarias, bajo una dirección que se ve obligada a llevar a cabo la revolución hasta su conclusión, puede jugar un papel decisivo en socavar y precipitar la caída de un poder colonial o semicolonial. ... [Esta lección] debe ser incorporada conscientemente a la estrategia de la construcción de partidos marxistas revolucionarios en los países coloniales."

En respuesta a este revisionismo descarado, Healy y sus partidarios del Comité Internacional simplemente enterraron sus cabezas como avestruces y declararon que Cuba, aún después de las nacionalizaciones de 1960, era "un régimen bonapartista descansando sobre los cimientos del estado capitalista", y que no difería cualitativamente del régimen batistiano. Pero en el interior del SWP la Tendencia Revolucionaria (TR—precursor de la Spartacist League/U.S.) fue capaz de comprender el carácter del régimen cubano después de 1960 como un *estado obrero deformado* y anotar el significado de esta caracterización para la teoría marxista.

En una resolución que fue presentada como documento contrapuesto al texto "Por una pronta reunificación..." de la dirección del SWP, la TR aclaró que "los trotskistas son desde luego los defensores más militantes e incondicionales de la Revolución Cubana, así como el estado obrero deformado que nació de ella, contra imperialismo." Pero agregaba: "los trotskistas no pueden poner su confianza en o dar su apoyo político, por muy crítico que sea, a un régimen gubernamental hostil a los más elementales principios y prácticas de la democracia obrera..." ("Hacia el renacimiento de la IV Internacional", junio de 1963).

Rechazando directamente la adopción del guerrillerismo y del castrismo por parte del SWP, en lugar de la perspectiva trotskista de revolución proletaria, la resolución de la TR resumía:

"La experiencia desde la Segunda Guerra Mundial ha demostrado que la guerra de guerrillas basada en los campesinos bajo una dirección pequeñoburguesa no puede llevar más allá de un régimen burocrático antiobrero. La creación de tales regímenes ha sido posible bajo las condiciones de decadencia del imperialismo, la desmoralización y desorientación causadas por la traición estalinista y la ausencia de una dirección marxista revolucionaria de la clase obrera. La revolución colonial puede tener un signo inequívocamente progresista sólo bajo una tal dirección del proletariado revolucionario. Para los trotskistas, incorporar a su estrategia el revisionismo sobre la cuestión de la dirección proletaria en la revolución es una profunda negación del marxismo-leninismo..." ■



Spartacist órgano del marxismo revolucionario

- Spartacist, deutsche Ausgabe \$0,60
- Spartacist, edición en español \$0,50
- Spartacist, édition française \$0,60
- Spartacist, English edition \$0,50

giros/cheques a: Spartacist Publishing Co.
Box 1377, GPO
New York, NY 10001 USA

Desde Punta del Este...

Castro en busca de la distensión hemisférica

—traducido de *Workers Vanguard* No. 141,
21 de enero de 1977

De todos los mitos acerca de la Cuba castrista, el más difundido es seguramente el de una política exterior supuestamente revolucionaria. Los "tercermundistas" de la "Nueva Izquierda" norteamericana se pusieron de acuerdo con liberales de guerra fría y conservadores macartistas en que La Habana exportaba la guerra de guerrillas a toda América Latina. Cuando se les presenta la evidencia de la represión ejercida sobre toda oposición socialista en Cuba, los "fidelistas" argumentan que esas son pequeñeces en comparación con la "titánica" batalla librada por Castro contra el imperialismo yanqui a escala continental. ¡Simplemente acuérdense de la heroica misión del "Che" en Bolivia! ¡Piensen en cómo Radio Habana, emitiendo todas las noches desde el "Primer Territorio Libre de América", mantiene vivos los ánimos de miles de militantes sometidos a la más salvaje represión!

Entre los que se reclaman del trotskismo, esta creencia en un compromiso internacionalista de la dirección cubana fue una de las bases sobre las que se formó el "Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional" (SU), el cual proclamaba en su documento de fundación:

"La revolución cubana asestó un golpe a la política de colaboración de clases del estalinismo en América Latina y otros países coloniales. Nuevas corrientes, que se desarrollan bajo la influencia de la victoria en Cuba, están buscando a tientas el camino al socialismo revolucionario...."

— "Por la pronta reunificación del movimiento trotskista mundial", marzo de 1963

La perspectiva del Secretariado Unificado para América Latina fue "la introducción de conceptos trotskistas dentro de esta nueva tendencia castrista" ("Dinámica actual de la revolución mundial", documento aprobado en el congreso de fundación del SU en junio de 1963).

En los últimos años, sin embargo, la imagen heroica de la Revolución Cubana ha comenzado a deslustrarse, y



Castro con Kruschev

muchos de los entusiasmados castristas de ayer se han desencantado con su "jefe máximo". Particularmente inquietante ha sido su afición a coquetear con los generales nacionalistas, desde la junta peruana hasta Torrijos en Panamá, y el apoyo explícito que le da Castro a la política brezhnevista de "coexistencia pacífica" con el imperialismo. A comienzos de los 70 se puso de moda dentro de ciertos círculos de "extrema izquierda" el sostener el "criterio personal" de que algo se había torcido en Cuba: el burocratismo se estaba afianzando y se había verificado un "giro a la derecha" en la política exterior de Castro.

No había unanimidad acerca de cuándo se produjo el supuesto giro. Algunos lo identificaban con la partida de Guevara de Cuba, o si no con su asesinato en Bolivia, haciéndolo pasar por un "guerrillero heroico", la conciencia de izquierda de la revolución. Otros se inclinaban por ubicarlo en la época del apoyo de Castro a la invasión rusa de Checoslovaquia en 1968, un acto que golpeó fuertemente a muchos fidelistas latinoamericanos que anteriormente vieron en el castrismo una alternativa de izquierda al estalinismo moscovita. Pero lo que tienen en común las varias explicaciones del "giro a la derecha" es el deseo de no comprometerse con las últimas jugadas internacionales de Cuba y a la vez no romper fundamentalmente con el castrismo.

Luego, a finales de 1976, vino el envío de varios miles de soldados y oficiales cubanos a Angola a rescatar al asediado MPLA del golpe de mano imperialista encabezado por Sudáfrica. El presidente norteamericano Ford calificó hipócritamente a Castro de "bandolero internacional". En EE.UU. los partidarios de S. Marcy trataron de resucitar un movimiento antiguerra pequeño-burgués alrededor del apoyo político al MPLA y el elogio de "la valiente ayuda" prestada por Cuba a los movimientos de liberación en todo el mundo (*Workers World*, 30 de enero de 1976). En Europa Livio Maitan, uno de los líderes del seudotrotskista SU, fanfarroneó que "el compromiso decisivo de Cuba con una batalla crucial

antiimperialista tiene pocos precedentes en la historia de décadas pasadas..." (*Inprecor*, 18 de marzo de 1976).

Maitan aprovechó la ocasión para fustigar a los detractores de Castro y a los vacilantes anónimos:

"Durante algún tiempo se habló mucho de los deseos de Cuba por alcanzar un compromiso con los Estados Unidos, y algunos, cayendo en un apresurado impresionismo, concluyeron que los dirigentes cubanos estaban dispuestos a pagar un precio muy alto por ese compromiso. Ahora, al contrario, está claro que no estaban dispuestos a pagar el precio de renunciar a su valiente actitud de solidaridad internacional... La intervención en Angola lo confirma meridianamente... cualesquiera hayan sido las particulares razones tácticas de la intervención, ella constituye un testimonio ejemplar de internacionalismo revolucionario".

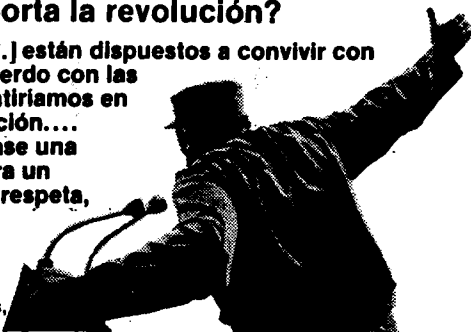
Pero este "internacionalismo revolucionario" estaba subordinado al proyecto de política exterior del Kremlin, que en ningún momento dejó de ser el de la distensión global. En efecto, a la vez que las tropas cubanas luchaban en Angola contra las fuerzas financiadas por la CIA, en La Habana los ciudadanos aprobaban una nueva constitución que introducía la "coexistencia pacífica" en la ley fundamental del país!

Ha habido, por supuesto, cierto zigzagueo en la política exterior cubana. Al comienzo de los 60 Castro se dedicó a una búsqueda sin perspectivas del apoyo diplomático de los regímenes nacionalistas-burgueses de Latinoamérica a la vez que, de cuando en cuando, ofrecía concertar un

¿Castro exporta la revolución?

"Si ellos [EE.UU.] están dispuestos a convivir con nosotros de acuerdo con las normas, nos sentiríamos en la misma obligación.... Si Cuba financiase una revolución contra un gobierno que la respeta, estaría violando las normas."

—Fidel Castro,
al New York Times,
6 de julio de 1964



modus vivendi con el Tío Sam. En el período "heroico" de 1965-67, la política fidelista hacia América Latina se concentró en promover el guerrillerismo y fustigar a ciertos partidos comunistas latinoamericanos por sus ilusiones en una "vía pacífica". A partir de entonces, La Habana ha estrechado sus ligazones con Moscú. Pero a pesar de la sucesión periódica de cambios cuantitativos, desde la consolidación del estado obrero deformado cubano a finales de 1960, el régimen de Castro ha seguido una vía nacionalista basada en la ilusión estalinista de poder construir el socialismo en una sola isla al solicitarle al imperialismo un tratamiento tolerante.

Punta del Este

Todos aquellos que suspiran por los días en que Guevara estaba en la cúspide del poder en La Habana deben recordar que fue el mismo "Che", y no otro, quien encabezó la delegación cubana a la conferencia de Punta del Este (Uruguay) en 1961, donde el régimen castrista hizo su primera oferta de una coexistencia pacífica hemisférica al imperialismo norteamericano. La conferencia había sido convocada para lanzar la "Alianza para el Progreso" del presidente estadounidense Kennedy, cuyo propósito era

aislar a Cuba y contrarrestar las posibilidades revolucionarias en América Latina con unos cuantos millones de dólares de limosnas provenientes del bolsillo imperialista.

Se recuerda perfectamente la ardiente intervención de dos horas de Guevara en las sesiones de agosto de 1961, advirtiendo que la ayuda norteamericana vendría atada con cadenas. Lo que frecuentemente se olvida es que finalizó con una oferta de distensión:

"No podemos prometer que no exportaremos nuestro ejemplo, como nos lo piden los Estados Unidos, porque un ejemplo es cuestión de espíritu y un elemento espiritual puede cruzar las fronteras. Pero nosotros garantizaremos que no habrá envío de armas cubanas para ser usadas en la lucha de ningún país latinoamericano."

—citado en John Gerassi, *The Great Fear in Latin America* (1965)

No hay duda de que la oferta era sincera. Después de la conferencia, en una "reunión social imprevista" en Montevideo con el consejero de Kennedy, Richard Goodwin, Guevara propuso conversaciones Cuba-EE.UU. sobre el reembolso de los intereses norteamericanos expropiados, a cambio de la terminación del embargo comercial.

Los trotskistas no nos oponemos a los esfuerzos cubanos por romper el bloqueo económico impuesto por los Estados Unidos. Por el contrario, defendemos el derecho de Cuba a sostener relaciones comerciales con todo país, desde la Unión Soviética y los demás estados obreros deformados hasta las dictaduras burguesas reaccionarias, tal como la España franquista, con el fin de prevenir la asfixia económica. La Rusia revolucionaria de Lenin concluyó acuerdos comerciales con Inglaterra y Alemania sin, de ninguna forma, restringir las actividades de la Internacional Comunista. Como escribió Trotsky:

"La idea básica de la política exterior de los Soviets era que los acuerdos comerciales, diplomáticos y militares del Estado soviético con los imperialistas, acuerdos inevitables, en ningún caso debían frenar o debilitar la acción del proletariado en los países capitalistas interesados; pues la salud del Estado obrero no está asegurada, más que por el desarrollo de la revolución mundial."

— *La revolución traicionada* (1936)

Pero la Cuba de Castro no ha construido una Internacional Comunista, y en numerosas ocasiones ha exhortado al proletariado a limitar su lucha contra los regímenes burgueses que mantienen relaciones diplomáticas con La Habana.

A comienzos de los años 60, esta política se reflejó en el apoyo de Cuba al presidente brasileño Jânio Quadros y a su sucesor João Goulart. Como escribió el académico filocastrista James Petras:

"Entre 1959 y 1962 la dirección cubana respaldó a una amplia gama de fuerzas políticas latinoamericanas, desde movimientos izquierdistas hasta fuerzas nacionalistas moderadas incluyendo a personajes como Quadros de Brasil."

— en *Latin America: Reform or Revolution?* (1968)

En los primeros meses de 1961 los periódicos cubanos clogiaron al presidente brasileño por haber condenado la invasión de Playa Girón organizada por los EE.UU.; y en agosto, cuando Guevara estaba de regreso a Cuba después de la conferencia de Punta del Este, Quadros le otorgó al líder cubano la máxima condecoración del gobierno brasileño, la Cruz del Sur. Esto enfureció a políticos

opositores pro-norteamericanos y a mandos militares quienes amenazaron derrocar a Quadros, quien, en consecuencia, huyó del país. Castro aclamó a Quadros como "uno de los más acérrimos defensores de la autodeterminación."

¿Quién era, en realidad, este gran "progresista"? Quadros era un conservador excéntrico, partidario del gobierno honesto y la moneda dura. El periodista pro-cubano Gerassi sintetizó la política de este político "indómito":

Pisoteó así a los sindicatos, envió tropas federales a los rincones hambrientos del Noreste a aplastar las manifestaciones de protesta, encarceló a los estudiantes desobedientes, restringió el crédito, acabó con la mayoría de los subsidios federales, despidió a los empleados gubernamentales 'ociosos' y devaluó el cruzeiro casi hasta nivelarlo con su valor en el mercado de divisas."

— *op. cit.*

En este caso el régimen de Castro no pudo afianzar las relaciones debido a que el gobierno de Quadros cayó tan repentinamente.

Quadros fue reemplazado por su vicepresidente, Goulart, quien siguió una ruta prudente entre izquierda y derecha: política exterior relativamente independiente y entrega total a los terratenientes e industriales en los asuntos domésticos. Siendo él mismo un latifundista millonario, Goulart dirigía el Partido del Trabajo Brasileño (PTB) populista-burgués y necesitaba cultivar una imagen de izquierda para poder aparecer como el aliado de los movimientos obrero y campesino, entonces en pleno auge. Su fama de "amigo firme" de Cuba le ayudaba a llevar a cabo este juego demagógico.

Para mantener relaciones de estado a estado no hay que fomentar ilusiones en "terratenientes progresistas". La dirección internacionalista de un estado obrero revolucionario trataría de impulsar y ayudar a los movimientos de protesta de los explotados para que se convirtieran en una poderosa ofensiva contra el dominio capitalista. En esos años, ciertamente, se presentaron oportunidades revolucionarias en Brasil, donde un vasto y multiforme movimiento campesino estalló en el Noreste, dirigido por el Partido Comunista, sacerdotes católicos y sobre todo por el político socialista pro-cubano Francisco Julião.

Castro se mantenía en permanente contacto con este movimiento a través de Julião, cuyos viajes a Cuba eran tan frecuentes que algunos de sus opositores hablaban de un "expreso" entre La Habana y el Noreste del Brasil. Pero la

política que Julião infundía al movimiento campesino difícilmente podría llamarse revolucionaria. Rehusó extenderlo a las plantaciones de la costa para ligarse con el movimiento de los trabajadores agrícolas y el proletariado urbano; además, políticamente su influencia descansaba en una alianza con el gobernador de Pernambuco, Miguel Arraes, quien pertenecía al mismo PTB de Goulart. Es altamente significativo lo que escribió un antiguo dirigente de las ligas campesinas del Noreste acerca de la frustración de los planes de actividad guerrillera (a los que se oponía Julião):

"Parece que entre otros factores, la existencia de relaciones diplomáticas amistosas entre los gobiernos de Cuba y Brasil estuvo íntimamente relacionada con el fracaso del esquema militar de las Ligas Campesinas. El sostener estas relaciones diplomáticas impedía a los cubanos apoyar abiertamente las actividades guerrilleras de la Liga. Aún más, algunos elementos cubanos aconsejaron a las Ligas acercarse más a los presidentes Quadros y Goulart."

— Clodomiro Moraes, "Peasant Leagues in Brazil", en Rodolfo Stavenhagen, *Agrarian Problems and Peasant Movements in Latin America* (1970)

En cuanto al renombre izquierdista de Goulart— asiduamente difundido por los EE.UU. que, ahora es sabido, estaba preparando una intervención masiva de la marina y del ejército en Brasil, a la escala de la efectuada en Santo Domingo un año después—su medida más "radical" fue una reforma agraria anunciada dos semanas antes de ser echado de la presidencia. Este tímido decreto, nunca llevado a la práctica, tan solo proclamaba el reparto de las grandes haciendas "adyacentes a carreteras, ferrocarriles y embalses" (!), recompensando a los propietarios con bonos del gobierno (Goulart, discurso ante una manifestación obrera en Rio de Janeiro, 13 de enero de 1964; citado en *Hispanic-American Report*, mayo de 1964).

La distensión frustrada

Brasil fue el más notable de los intentos de Castro de formar alianzas políticas con gobiernos y personajes nacionalistas-burgueses con pose de izquierdistas. Cuba también mantuvo estrechas relaciones con el primer ministro de Guyana Cheddi Jagan, cuyo Partido Progresista del Pueblo fue derrumbado mediante un paro—orquestrado por la CIA—realizado por partidarios negros del adversario de Jagan, Forbes Burnham. Otro dirigente burgués predilecto de Castro fue el ex-ministro ecuatoriano Manuel Araujo, quien fue destituido por el demagógico presidente Velasco Ibarra después de una campaña—también instigada por la CIA—de manifestaciones estudiantiles en contra de la política pro-cubana de Araujo.

Buen ejemplo de la política exterior de Cuba durante este período fue la reacción de Castro ante la expulsión de Cuba de la OEA en enero de 1962. Es de fama mundial su "Segunda Declaración de La Habana", en que Castro calificaba a la OEA como un auténtico "ministerio yanqui de colonias", declaraba que en América Latina "la burguesía nacional es incapaz de conducir la lucha antifeudal y antiimperialista", y denunciaba a aquellos que hablaban de derrocar a la clase dominante por medios legales.

Menos remarcado fue el que Castro se pronunció asimismo en favor de la unidad con "los estratos más progresistas de la burguesía nacional". Lo que esto

Directorio de la tendencia espartaquista internacional

LIGUE TROTSKYSTE
DE FRANCE
Le Bolchévik, BP 42 109
75424 Paris cédex 09, Francia

SPARTACIST LEAGUE/BRITAIN
PO Box 185
London, WC1H 8JE, Inglaterra

SPARTACIST LEAGUE OF
AUSTRALIA/NEW ZEALAND
GPO Box 3473
Sydney, NSW, 2001, Australia

SPARTACIST LEAGUE/U.S.
Box 1377, GPO
New York, NY 10001, EE.UU.

TROTSKYIST LEAGUE
OF CANADA
Box 7198, Station A
Toronto, Ontario, Canada

TROTZKISTISCHE LIGA
DEUTSCHLANDS
Postfach 1 67 47
6000 Frankfurt/Main 1
Alemania Federal



Daily World



Prensa Latina



Prensa Latina

Desgraciados "amigos progresistas" de Castro: de la izquierda, Jagan de Guayana, Quadros y Goulart de Brasil. Confiar en la burguesía "antimperialista" no daba resultados.

significaba en la práctica se pudo ver en el "desafío" de Castro a la OEA: una "Asamblea de los Pueblos" celebrada simultáneamente con la nueva reunión de Punta del Este y convocada por diez destacados políticos "progresistas" latinoamericanos, incluyendo al expresidente mexicano Lázaro Cárdenas, al futuro presidente chileno Salvador Allende, a Julião y Araujo.

La cosecha que recogió Castro con este intento de apoyarse en "las capas más progresistas de la burguesía nacional" fue por cierto muy pobre. Una vez más Brasil fue el arquetipo: durante la "crisis de los misiles" en octubre de 1962, el gobierno de Goulart votó en la OEA apoyando el bloqueo naval norteamericano como un acto de "legítima autodefensa". Aún el cuñado "izquierdista" de Goulart, Leonel Brizola, gobernador del estado de Rio Grande do Sul, condenó el envío de proyectiles rusos al régimen de Castro como un intento de "aprovecharse de la lucha del pueblo cubano" y manifestó su oposición a "la transformación de Cuba en satélite de la Unión Soviética" (citado en *Hispanic-American Report*, enero de 1963).

El 31 de marzo de 1964 Goulart, el "amigo firme" de Cuba, fue derrocado por un golpe militar obviamente planeado y ejecutado en estrecha cooperación con Washington. Castro no se pronunció públicamente sobre el golpe reaccionario sino hasta el 1º de mayo, y, peor todavía, dos días después de su realización el dirigente cubano renovaba a los EE.UU. sus ofrecimientos de la distensión. La ocasión la propició una entrevista en que Castro elogió sin críticas un discurso pronunciado el 25 de marzo por el senador J.W. Fulbright acerca de "los mitos y realidades de la política exterior de los EE.UU." Castro dijo en su comentario:

"El senador Fulbright dijo que Cuba podía ser tolerada como algo desagradable... pero que no representaba un peligro para los Estados Unidos. Esto es esencialmente correcto pero podría añadirse que Cuba será mucho menos desagradable en la medida en que sea respetada y dejada en paz."

— *New York Times*, 3 de abril de 1964

Guevara también elogió el discurso del "corajudo"

presidente del comité de relaciones exteriores del senado norteamericano (quien durante la crisis de los misiles de 1962 había exigido la invasión de la isla).

¿Qué fue exactamente lo que Fulbright dijo que tanto sobresaltó a sus colegas y encendió los corazones de Castro y Guevara? Hizo un llamado a "una franca reevaluación de nuestra política cubana", declarando que "la política de aislamiento es un error" y pidiendo que el embargo comercial fuera abandonado. Sin embargo, el senador añadió:

"El comunismo cubano si representa una amenaza grave para los otros países latinoamericanos, pero esta amenaza puede manejarse por medio del uso resuelto y vigoroso de los mecanismos establecidos en el sistema interamericano contra todo acto de agresión."

— *New York Times*, 26 de marzo de 1964

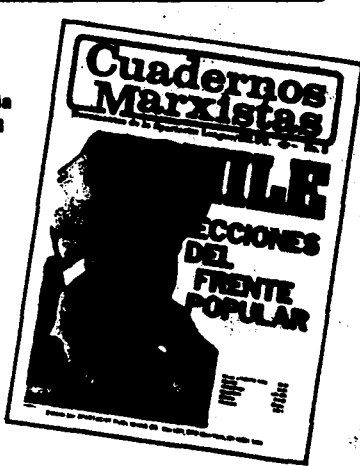
Quadros, Goulart, Jagan y Araujo ya habían pasado por la

Cuadernos Marxistas

- No. 1:
Documentos de la tendencia
espartaquista internacional
- No. 2:
Cuba y la teoría marxista
- No. 3:
Chile: Lecciones del
frente popular

US \$0,50

Spartacist Publishing Co.
Box 1377 GPO
New York, NY 10001 USA



amarga experiencia de esos "mecanismos establecidos" pero, aparentemente, ¡Castro y el "Che" no se habían percatado de su funcionamiento!

En otra entrevista pocos meses después Castro fue aún más lejos, reiterando la oferta de Guevara en Punta del Este de retirar la ayuda material a los revolucionarios latinoamericanos a cambio del cese por parte de EE.UU. de los intentos de derrocar al gobierno cubano:

"Si ellos [EE.UU.] están dispuestos a convivir con nosotros de acuerdo con las normas, nos sentiríamos en la misma obligación.... Si Cuba financiase una revolución contra un gobierno que la respeta, estaría violando las normas."

—*New York Times*, 6 de julio de 1964

El periodista informaba que Castro estaba dispuesto a terminar con el suministro de armas y la ayuda económica a los insurgentes pro-cubanos, añadiendo que "fuentes comunistas europeas afirman que tal ayuda ha sido suspendida enteramente o casi enteramente desde el comienzo del año."

Y aquellos que tratan de contrastar al "revolucionario" Guevara con el "claudicante" Castro deberían consultar la intervención del "Che" ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1964, donde afirmó que para Cuba el problema central por el que la ONU debería preocuparse era "la coexistencia pacífica entre estados con diferentes sistemas sociales y económicos". Lamentaba el hecho de que el imperialismo norteamericano, mientras se mostraba capaz de coexistir con la Unión Soviética, no pudiera sacar sus manos de los estados mas pequeños de América Latina. "Actualmente, la clase de coexistencia pacífica a que aspiramos se ha mostrado, en muchos aspectos, imposible de materializarse" (*Obras escogidas de Ernesto Guevara* [1969]).

Guerrillerismo estalinista versus insurrección obrera

Pero los repetidos ruegos de Castro para lograr un *modus vivendi* con el imperialismo yanqui fueron bruscamente rechazados. Los gobernantes de los EE.UU. siguieron tratando al Caribe como un "lago norteamericano" y estuvieron de acuerdo con el sabihondo anticomunista profesional Theodore Draper en que, "si hay un lugar en el mundo en que el comunismo puede ser 'reversible', es el caso de Cuba" (*Castroism: Theory and Practice* [1965]). Rechazado por el Departamento de Estado y viendo sus "amigos" burgueses de Latinoamérica derribados uno a uno por golpes inspirados por la CIA, el régimen cubano dio un medio giro a la izquierda pero sin modificar su política nacionalista fundamental, característica de todos los regímenes estalinistas.

Durante 1965 se iniciaron luchas guerrilleras rurales de orientación castrista en Colombia (enero) y el Perú (junio). En Guatemala, Luis Augusto Turcios Lima se separó del frente guerrillero MR-13 (Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre) de Yon Sosa para formar las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), con un programa guevarista y estrechos vínculos con Cuba. También en 1965 las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) de Venezuela dirigidas por Douglas Bravo se rebelaron contra el intento de la dirección del PC de suspender acciones guerrilleras. Anteriormente, varias decenas de grupos pro-cubanos habían surgido a lo largo y ancho de América Latina,



Doubleday

Guerrilleros del ELN colombiano.

generalmente sin vínculos con La Habana, mientras la defensa teórica del modelo cubano hecha por Guevara ("Cuba: ¿caso excepcional o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?" y *La Guerra de guerrillas: un método*) permanecía en el terreno de la exhortación intelectual. Entonces, en cambio, existía toda una serie de países con sus "ejércitos" guerrilleros castristas más o menos reconocidos, cuyo éxito o fracaso comprometería directamente la suerte internacional del régimen cubano.

Retrospectivamente, varios "castristas críticos" han situado en 1965 el comienzo de un período heroico en la política exterior de Cuba. El castrismo surgía como antagonista de izquierda de los PC pro-Moscú. Régis Debray, vocero autorizado de los dirigentes cubanos, denunciaba la "franca hostilidad hacia la lucha armada presentada por las direcciones de varios partidos comunistas latinoamericanos (Perú, Colombia, Argentina, Chile, Brasil)" ("América Latina: la marcha larga") y criticaba explícitamente al Vigésimo Congreso del PC de la Unión Soviética que "condujo a los partidos comunistas hacia la vía de la 'democracia nacional', del 'frente único, con la burguesía'" ("Problemas de 'la' estrategia revolucionaria en América Latina" [1967]).

Si bien es cierto que el período 1965-68 vio, hasta cierto punto, una política exterior más militante por parte del régimen de Castro—resultado de su aislamiento diplomático en Latinoamérica—no hubo ningún cambio fundamental en su estrecha orientación nacionalista. Por un lado, Cuba siempre se sometió a las orientaciones de Moscú. En enero de 1964 Castro emitió en Moscú un comunicado conjunto con Krushev, elogiando el tratado

contra los ensayos nucleares y condenando "el fraccionalismo y el sectarismo en las filas de los partidos comunistas y obreros" (claro bofetón a China). De nuevo en marzo de 1965 Castro previno indirectamente a China contra "peleas bizantinas" (eso después de la participación de Cuba en la reunión organizada por Kruschew en Moscú para "excluir" a China del "campo socialista"); y en enero de 1966, en vísperas del Congreso Tricontinental en La Habana, Castro condenó dramáticamente a China por reducir a la mitad los envíos de arroz a Cuba.

Por otra parte, por lo menos al comienzo, ciertos PC pro-Moscú siguieron haciendo cautelosas referencias a (y limitadas aplicaciones de) la "lucha armada". Una reunión de partidos comunistas latinoamericanos efectuada en La Habana a finales de 1964 acordó "ayudar activamente" a los combatientes de Venezuela, Guatemala y demás países; y muchos de los participantes en la reunión de la Tricontinental eran partidos estalinistas línea Moscú. Esto no debería sorprender, ya que el mismo Stalin difícilmente puede clasificarse como pacifista. En efecto, prácticamente la totalidad de los grupos guerrilleros pro-cubanos en un momento u otro tuvieron (o buscaron) relaciones con el PC "oficial" de su país. Las FALN venezolanas estuvieron originalmente subordinadas a un comando político dominado por el PC; las FAR guatemaltecas eran dirigidas por un miembro del comité central del partido pro-Moscú y mantuvieron vínculos formales con él hasta 1967; y el ELN (Ejército de Liberación Nacional) de Colombia buscó, durante sus primeros meses de existencia, formar un comando militar unificado con el grupo guerrillero del PC, las FARC (véase Richard Gott, *Guerrilla Movements in Latin America* [1972]).

Igualmente importante para formarse un juicio sobre la fase "izquierdista" de Castro a mediados de los años 60 es el hecho de que el régimen cubano no levantó un dedo para respaldar las auténticas luchas de masas contra el imperialismo norteamericano y la reacción nacional. Un caso típico fue la protesta estudiantil que en enero de 1964 se desató en Panamá contra el control norteamericano de

la zona del canal. Como informaba una fuente académica anticomunista (de quien era de esperarse que viera la subversión castrista detrás de cada manifestación): "La reacción [de Castro] ante los desórdenes se limitó al anuncio de que su gobierno estaba dispuesto a crear, en compañía de las otras naciones latinoamericanas, un fondo común para ayudar a los panameños" (Andrés Suárez, *Cuba: Castroism and Communism, 1959-1966*).

Una lucha aún más explosiva, en la cual el régimen cubano pudo haber dado contenido real al llamado de Guevara a crear "dos, tres, muchos Vietnams" en Latinoamérica, fue el levantamiento en Santo Domingo en abril y mayo de 1965. Aunque éste se realizó bajo un liderazgo burgués —el PRD (Partido Revolucionario Dominicano) de Juan Bosch —las fuerzas "constitucionalistas" estaban formadas por miles de trabajadores urbanos y por un sector del ejército que se había rebelado contra los altos mandos reaccionarios. Las masas estaban hirviendo con sus anhelos de barrer cualquier vestigio o cómplice de la odiada dictadura trujillista (prácticamente todo el aparato del estado y la mayor parte de la amorfa burguesía); las posibilidades revolucionarias estaban a la vista.

Los gobernantes imperialistas de EE.UU., desde luego, justificaron la invasión de los "marines" con el pretexto de que el levantamiento era una conjura castrista. El FBI presentó su famosa lista de "57 cabecillas comunistas" muchos de los cuales estaban muertos, fuera del país o en la cárcel. En realidad, lo que sucedió fue todo lo contrario. Como señalábamos en ese entonces, "La dirección cubana, y su principal representante, Fidel Castro, no fueron capaces de dar una ayuda eficaz a la sublevación dominicana" (*Spartacist*, septiembre-octubre de 1966). Este juicio es confirmado por Suárez:

"El 28 de abril los mismos 'imperialistas' que estaban bombardeando a Vietnam desembarcaron en Santo Domingo. El destino le estaba dando (a Castro) la oportunidad de enseñarle a los soviéticos y los chinos cómo cumplir con 'el internacionalismo proletario'. Pero no hizo nada." ■

publicaciones de la tendencia espartaquista internacional

Workers Vanguard

Marxist biweekly of the Spartacist League/U.S.

\$5/48 issues

\$20/48 issues—airmail (international)

Box 1377 GPO, New York, NY 10001, EE.UU.

Australasian Spartacist

monthly organ of the Spartacist League of Australia and New Zealand

\$3/11 issues in Australia and seairmail elsewhere

\$10/11 issues—airmail to Europe and North America

\$5/11 issues—airmail to other countries

Spartacist Publications

GPO Box 3473, Sydney, NSW, 2001, Australia

Le Bolchévik

publication de la Ligue Trotskyste de France

2 F le numero; 12 F les 6 numeros

BP 42109, 75424 Paris Cédex 09, Francia

Spartacist Canada

monthly organ of the Trotskyist League of Canada

\$2/11 issues (one year)

Spartacist Canada Publishing Association

Box 6867, Station A, Toronto, Ontario, Canada

Kommunistische Korrespondenz

herausgegeben von der Trotskistischen Liga Deutschlands

Jahresabonnement 8,50 DM

Auslandsluftpostabonnement 10,— DM (1 Jahr)

Postfach 1 67 47

6000 Frankfurt/Main 1, Alemania Federal

Postscheckkonto Ffm 119 88-601 (W. Hohmann)

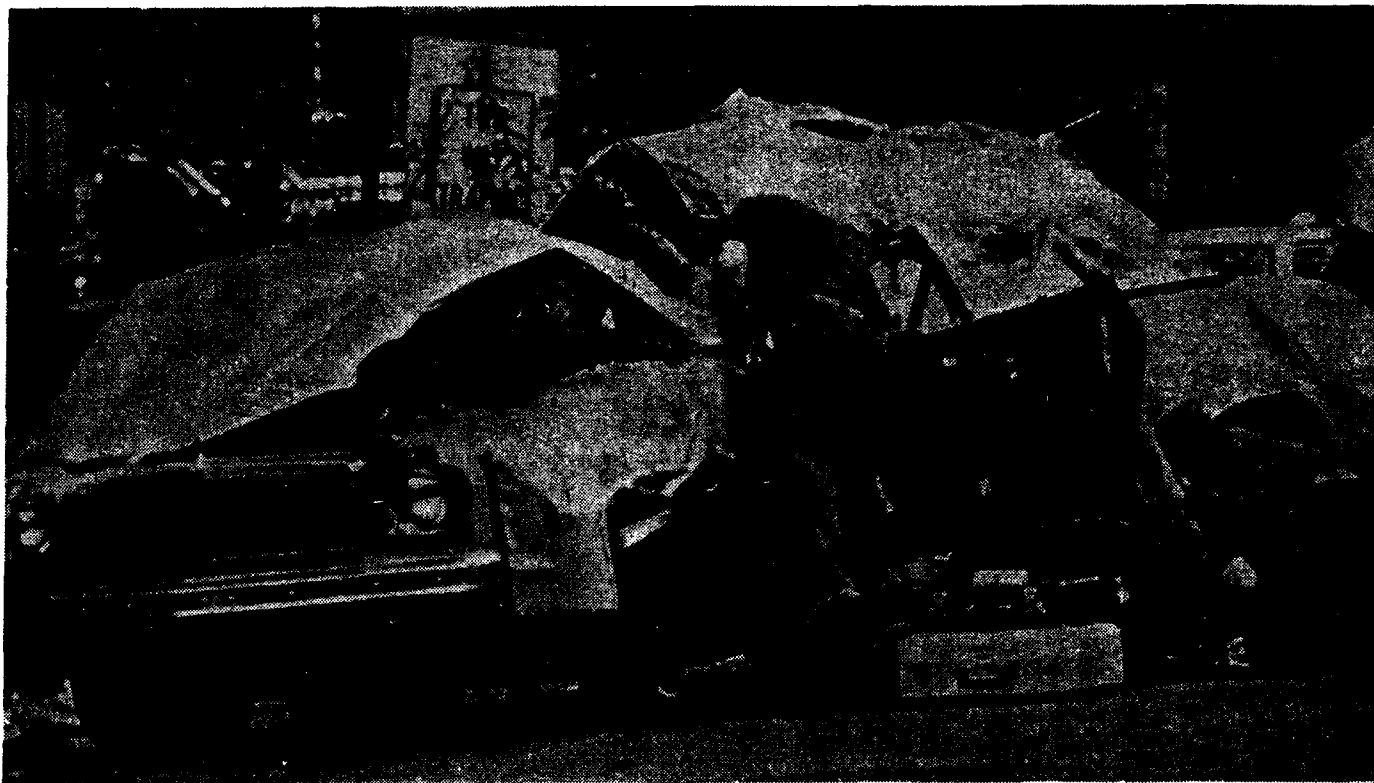
Spartacist Britain

Marxist paper of the Spartacist League/Britain

£1 for 12 issues

Spartacist Publications

PO Box 185, London, WC1H 8JE, Inglaterra



Wheeler/Washington Post

¡Aplastar el régimen de terror chileno!

¡Vengar a Letelier!

—traducido de *Workers Vanguard* No. 214,
8 de septiembre de 1978

En el quinto aniversario del sangriento golpe que lo trajo al poder, el régimen de terror del dictador chileno General Augusto Pinochet es cualquier cosa menos estable. La semana pasada decretó nuevamente el estado de sitio, la caución "legal" por la regimentación militar arbitraria que este país enlutado ha sufrido desde aquel fatídico 11 de septiembre en 1973. En los primeros meses de este año el estado de sitio había sido "levantado" (sin haber cambiado en nada las salvajes realidades de la vida bajo los generales), a fin de satisfacer el clamor de Washington por una limpieza de la imagen de la junta militar chilena. Ahora lo han vuelto a poner: basta con la cirugía cosmética de "derechos humanos".

A raíz de la decisión de la Casa Blanca de proseguir con la investigación del asesinato del ex-diplomático y ministro Orlando Letelier, Pinochet tiene sus días contados. Desde el principio todas las huellas señalaban a la mano negra de la DINA, la policía secreta del tirano, pero al inicio Pinochet era protegido por la complicidad de los propios

matones del imperialismo norteamericano. Ahora que Jimmy Carter ha decidido lavarse las manos del carnicero de Santiago, sin embargo, las ratas abandonan la nave naufragante de Pinochet. Aún los generales fascitizantes súbitamente descubren sus convicciones democráticas.

El odiado Pinochet podría muy bien terminar compartiendo la suerte de Rafael Trujillo, el asesino "Benefactor" de Santo Domingo quien fue tirado a los perros cuando ya no le servía más a los Estados Unidos. Pero si es Washington quien aprieta el gatillo, y no un alzamiento popular de las masas chilenas el que derroque al "prócer", será simplemente reemplazado por otro opresor castrense. Gana la CIA, pierden los obreros.

Los imperialistas ya se felicitan sobre las inculpaciones en agosto de cinco exilados cubanos, tres altos funcionarios de inteligencia militar chilena y un asesino fascista norteamericano por parte de un gran jurado federal. El *Washington Post* (3 de agosto) elogió al fiscal y al agente del FBI encargados del caso como "símbolos internacionales de la persistencia tenaz de las autoridades estadounidenses por resolver el caso del asesinato de Letelier." El *Economist* (26 de agosto) de Londres añadió su aprobación: "con las recientes inculpaciones, nadie podría acusar a Washington de pereza en la prosecución

de los asesinos del Sr. Letelier." Y mientras la prensa burguesa se jactaba, los liberales en el congreso norteamericano denunciaban a los escuadrones de muerte chilenos y amenazaban brevemente con un boicot de armas a la junta militar. Todos olvidaron con gran alivio que los EE.UU. fueron en gran parte responsables por el desate de los verdugos y los torturadores de Pinochet.

Quienes buscan vengar el vil asesinato de Orlando Letelier deben comprender que no pueden acudir a la "justicia" de la "democracia" imperialista. Por "razones de estado", los verdaderos autores del crimen saldrán impunes, no importa si sus asesinos a sueldo cumplen una condena o no. Ya se hacen negociaciones para que los fascistas y gusanos quienes llevaron a cabo el asesinato reciban sentencias mínimas. Mientras tanto el FBI y la CIA (¡los cuales sabían de antemano que un complot estaba en trámite y no hicieron nada para pararlo!) se hacen pasar como los héroes que atraparon a los culpables.

Santiago/Miami/Langley

Como antiguo ministro del exterior y defensa en el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende, y antiguo embajador a los EE.UU., Orlando Letelier fue un prominente enlace entre el movimiento de los exilados chilenos e influyentes liberales imperialistas. Así cuando él y su colega Ronni Moffitt fueron asesinados el 21 de septiembre de 1976 por la explosión de una bomba que destruyó su coche momentos después de pasar frente a la embajada chilena en Washington, todos los hilos llevaban directamente a Pinochet y a la DINA. Sin embargo, durante muchos meses la investigación del asesinato por el Departamento de Justicia estuvo estancada, atascada en una confusión de pistas falsas, dilación y chapucería intencionada, hasta el momento que la administración Carter dió un giro completo en su política hacia las dictaduras latinoamericanas.

Una vez que Washington decidió que en realidad quería encontrar a los asesinos de Letelier, el ritmo "metódico" de la investigación se aceleró súbitamente. El fiscal federal Eugene Propper, hoy representado como un cazaasesinos sincero, dejó de atribuir el asesinato a amantes celosos o a la izquierda y de pronto descubrió la participación de exilados cubanos anticastristas. El descubrimiento decisivo fue la identificación y extradición subsiguiente de un ciudadano estadounidense, Michael Vernon Townley, un residente de Chile por mucho tiempo, quien fue el operativo clave de la DINA en el complot contra Letelier (véase "Pinochet's the One!", *WV* No. 202, 21 de abril de 1978).

Townley, un experto en explosivos con mucho que ocultar, cantó como un gallo a fin de hacer un arreglo con la justicia norteamericana. Su testimonio es detallado e irrecusable. La acusación de quince páginas implica como los principales autores del complot al general Juan Manuel Contreras, ex-jefe de la DINA y mano derecha de Pinochet; al jefe de operaciones de la DINA, el teniente coronel Pedro Espinoza; a un operativo de la DINA, el capitán Armando Fernández, quien entró a los Estados Unidos con Townley con pasaportes diplomáticos falsos para preparar el asesinato. El gran jurado acusó además a cinco cubanos contrarrevolucionarios, miembros de una

escuadra de gusanos terroristas entrenados por la CIA que opera desde Miami y New Jersey. Entre ellos se encuentran Guillermo e Ignacio Novo, veteranos de la invasión de Playa Girón, quienes han estado bajo la vigilancia del FBI desde que éstos atacaron con bazucas al edificio de la ONU en Nueva York durante la estadía del "Che" Guevara.

La enumeración de los participantes es amplia, la conexión con la junta y hasta con los compinches de Pinochet es explícita, y se detuvieron en Chile a los tres funcionarios nombrados de la DINA. Dicen los liberales para justificarse que sólo hay que dejar que la justicia siga su rumbo. ¡Nada de eso! Los funcionarios de la DINA están solamente bajo "arresto domiciliario", y es poco probable que sean entregados sin el anterior desposeimiento de Pinochet. Townley, como observó secamente el *Washington Post*, ha sido tratado como el testigo clave y no como uno acusado de asesinato, *aunque admite haber colocado la bomba que hizo añicos a Orlando Letelier y Ronni Moffitt*. A Townley solamente se le acusa de "conspiración para matar", y a cambio de confesarse culpable de este único cargo el fiscal y el juez le han prometido una sentencia de entre tres y diez años, ¡con una recomendación previa de concederle la libertad provisional después de solo 40 meses!

A este asesino infame se le refiere en Washington hoy como el John Dean de Pinochet, o sea el hombre que "sopló contra la DINA". A duras penas puede hacerse de Dean un modelo de la rectitud moral, pero hasta éste parece limpio en comparación con Townley. Tanto Townley como su mujer jugaron un papel activo en Patria y Libertad, una organización fascista chilena, en la época cuando ésta recibía una ayuda abundante de la CIA para financiar el sabotaje y la "desestabilización" en contra del régimen de Allende. Llegó al conocimiento público por primera vez en 1973, cuando participó en un ataque de bombas que mató a un sereno en la ciudad de Concepción. Además de ofrecer sus servicios a la DINA, Townley prestó ayuda al FBI en localizar a un gusano ex-agente de la CIA al momento de la visita de Henry Kissinger a Santiago en mayo de 1976.

En artículos anteriores (véase "The Long Arm of the DINA", *WV* No. 149, 18 de marzo de 1977) documentamos cómo los hermanos Novo habían estado por años bajo la vigilancia del FBI; cómo los agentes siguieron a los asesinos cubanos a su primera reunión con Fernández y Townley en el English Lobster Club de Miami; que incluso el FBI había tropezado con la reunión en un hotel de Santo Domingo donde fueron discutidos por CORO (la organización contrarrevolucionaria cubana encabezada por Orlando Bosch) los planes del asesinato, junto con otros planes para destrozarse un avión comercial cubano (resultando en la muerte de 73 personas). Informamos como el FBI retrasó la investigación: por ejemplo repétidas divulgaciones confidenciales de la misma evidencia "nueva" de una conexión Santiago/Miami, cuyos detalles estaban en manos del Departamento de Justicia solo días después de haber ocurrido el asesinato.

Ultimamente se ha corroborado esta evidencia con el testimonio adicional de los periodistas Ernest Volkman y John Cummings en un artículo aparecido en el *Penthouse* de julio de 1978. También han ayudado en establecer por qué los investigadores "laboriosos, pero innovadores" no

han llegado a la conclusión evidente de que la policía secreta de Pinochet estaba detrás del complot. Rehusando a seguir la pista a la DINA, el FBI primero instruyó a sus agentes a investigar a Isabel Letelier y a cualquier otra mujer que hubiera conocido a Orlando Letelier, para determinar si podía existir el "factor de la mujer resentida". Luego se ordenó que cazaran a los ex-novios de Ronni Moffitt por si acaso era ella el verdadero blanco, siendo el atacante, según esta versión, un antiguo amante enloquecido por los celos que por casualidad era además un experto en explosivos plásticos C-4. Finalmente les ordenaron seguir la teoría de que el asesinato fue la obra de izquierdistas convencidos de que Letelier les había traicionado. ¡No fue sino después de que Gerald Ford salió del poder que el FBI comenzó a investigar si el asesinato con bombas fue un atentado derechista!

Carter quiere una junta militar de "derechos humanos"

Al día siguiente de la publicación de las inculpaciones por el gran jurado, la Cámara de Representantes norteamericana estaba en un tumulto sobre el insolente dictador latinoamericano que tuvo el descaro de ejecutar a su adversario en territorio yanqui. En un grandioso ademán de indignación sobre la violación de los "derechos humanos", la Cámara votó regañar a Pinochet y embargar un cargamento de materiales bélicos a Chile hasta que los funcionarios de la DINA fueran entregados. Sin embargo, ya para el 3 de agosto los distinguidos congresistas habían cambiado de opinión, bajo presión de la administración Carter que expresó su inquietud de que la "justicia" sería socavada si se interpretaran las acusaciones como una maniobra políticamente inspirada para derribar el régimen de Santiago.

Evidentemente, es justo de eso de lo que se trata. En efecto, fuentes informadas anotan que la investigación recibió un fuerte empujón a fines del año pasado por el interés personal de Rosalynn Carter después de su regreso de un viaje a Latinoamérica, quien estaba enojada sobre las críticas de que solamente se había codeado con dictadores. Durante su primer año en funciones la administración del Partido Demócrata sólo había presionado a sus dictadores aliados para conseguir unas pocas reformas superficiales (cambiando la sigla a la DINA, amnistías fingidas en Chile, farsa de elecciones acá y allá). El encargado del Departamento de Estado para asuntos latinoamericanos, Terrence Todman, alabó al régimen pinochetista por hacer "progresos" en materia de derechos humanos. Pero no se podía esconder la contradicción flagrante entre la existencia de los campos de concentración y la retórica moralista de Carter, sobre todo en la reunión en Washington de déspotas de la OEA para presenciar la firma del nuevo tratado del canal de Panamá en septiembre de 1977.

A principios de este año Washington dio media vuelta en su política latinoamericana. Todman fue enviado a Madrid y reemplazado por un liberal de "derechos humanos"; el anterior apoyo incondicional de Washington al hombre fuerte nicaragüense Somoza fue cancelado, y se le dio la luz verde a la investigación del caso Letelier. Para la primavera de 1978 se corrían los rumores en Washington que los EE.UU. estaban dispuestos a aprobar un golpe interno dentro de la junta militar chilena. La publicación

británica bien informada, *Latin American Political Report* (17 de marzo de 1978), señaló:

"Las acusaciones lanzadas la semana pasada por el líder de Patria y Libertad, Pablo Rodríguez, en *Qué Pasa* [una revista chilena ávida al gobierno], según las cuales los últimos pasos en el caso Letelier eran parte de un complot de la CIA para desestabilizar al gobierno no eran tan paranoicas como parecían. Pero el presidente Augusto Pinochet ha atraído la ira de la administración estadounidense por su propia intransigencia."

El reajuste de la política de los EE.UU. pronto empezó a poner presión sobre el régimen pinochetista desde el interior de las FF.AA. chilenas. En marzo, en el curso de una reunión del consejo de los altos mandos del ejército, 13 generales exigieron la renuncia inmediata del presidente (en contra de 17 que querían concederle varios meses más). Otra novedad fue el nombramiento del general Herman Brady como consejero presidencial a cargo de coordinación con las fuerzas armadas. Se identifica a Brady estrechamente con el Pentágono y se le considera, según *Latin American Political Report*, como "el candidato favorito [para reemplazar a Pinochet]... un sustituto limpio, sin un historial de envolvimento en la represión o la policía secreta".

Hasta el momento de su despido repentino por Pinochet a mediados de julio, el más destacado entre los posibles sucesores del dictador chileno había sido el comandante de la fuerza aérea, el general Gustavo Leigh, un miembro de la junta que se empeñó en darse credenciales "democráticas" después de romper con sus antiguos compinches en Patria y Libertad. La destitución de Leigh provocó la renuncia en masa de 19 de los 21 generales de la fuerza aérea en solidaridad con su jefe. Mientras ésto le sacó una espina del costado a Pinochet (hacia meses que Leigh estaba tirando desde el escondite al jefe de la junta), la ostentosa demostración de solidaridad indicó que en el interior de las FF.AA. chilenas la opinión estaba lejos de ser unánime.

El descontento dentro de la junta (incluyendo al almirante Merino, otro secuaz del Pentágono) está íntimamente ligado a los signos de oposición cada vez más evidentes de los demócratas cristianos (cuyas campañas electorales de 1964 y 1970 fueron financiadas en gran parte por la CIA, como también lo fueron sus actividades subversivas en contra de Allende). Y cuando salieron las revelaciones sobre el caso Letelier a principios de este año, el prestigioso *Mercurio*, que tiene toda una historia de abundantes subsidios de la CIA, publicó las fotos que resultaron en la identificación de Townley como uno de los agentes de la DINA que viajó a Washington con pasaporte diplomático falso.

¡Por revolución obrera para aplastar a la junta!

No importa quién reciba la señal de asentimiento de Washington, ni los Estados Unidos ni los opositores burgueses de Pinochet en Chile tienen la menor intención de "desencadenar la democracia" en Santiago. Los EE.UU. claramente empujan una opción castrense reformada, una junta militar con rostro de "derechos humanos", quizás lustrando el adorno del ex-presidente demócrata cristiano Eduardo Frei. En forma parecida, en Argentina el Departamento de Estado trata de fortalecer la mano de Videla—el jefe de la junta militar y el asesino de masas "moderado"—en vez de oponerse al régimen como tal. Y en este intento de sacarle las castañas del fuego al

imperialismo norteamericano, pueden contar con la cooperación de casi la totalidad de la izquierda chilena, desde los partidos comunista y socialista (quienes hoy negocian en voz alta con los democristianos) hasta el MIR. Pero si Washington se sale con la suya y no resulta nada más que una recomposición de los generales, serán los trabajadores y los pobres de Chile quienes pagarán la cuenta.

Irónicamente, hace cinco años estos mismos grupos insistían en que el golpe pinochetista fue cien por cien "Made in U.S.A." En aquel entonces se esforzaban en



Orlando Letelier

McIntosh

ocultar su propia complicidad en el apoyo de la coalición burguesa de Allende, buscando alianzas con los democristianos golpistas y fomentando ilusiones en los oficiales "constitucionalistas" tales como Pinochet. Hoy día estos reformistas "realistas" se plegarán tan pronto como la Casa Blanca dé las órdenes, esperando que el Tío Sam "democrático" gane la contienda en beneficio de ellos. Así que para estos seudomarxistas el imperialismo no es nada más que una injuria, o a lo más una política exterior.

¿Y cuál es este faro de "derechos humanos" en las Américas? Es el mismo imperialismo yanqui que proveyó el dinero y las armas para asesinar al general René Schneider en 1970 en espera de provocar un golpe del ejército para impedir la subida de Allende al poder. Es la misma potencia que financió a los fascistas de Patria y Libertad, el mismo régimen que organizó el acaparamiento de viveres, el tráfico en divisas, el "paro" paralizador de los camioneros, y las manifestaciones contrarrevolucionarias "de las ollas" de las amas de casa para desestabilizar al gobierno elegido de la UP y "hacer gritar a la economía chilena". Es el mismo gendarme reaccionario que colaboró a cada paso con el golpe pinochetista en 1973. Es éste quien

le canta las jugadas a los democristianos chilenos y en quien confía hoy día la izquierda reformista.

Mientras el comité selecto del Senado norteamericano encargado de investigar las agencias de espionaje descubrió cantidades de pruebas de la subversión instigada y financiada por los EE.UU. en Chile, todavía se trata de ocultar el alcance de la intromisión estadounidense. El 10 de agosto el *Washington Post* informó que, en interés de la "seguridad nacional", tres de los seis cargos formulados en contra del antiguo director de la ITT Edward Gerrity habían sido retirados. Gerrity fue acusado de perjurio al negar el papel que su compañía desempeñó tratando de sobornar las elecciones chilenas de 1970. En efecto, los cargos restantes también pueden ser retirados para proteger los secretos gubernamentales; un vocero del Departamento de Justicia anotó que "casos como éste están bajo repaso constante".

Desde el momento del asesinato de Letelier insistimos en la culpabilidad de la DINA pinochetista. Y es halagüeño que por fin se haya logrado un poco de justicia. Pero advertimos contra toda confianza en el estado imperialista estadounidense, evidentemente involucrado en el asunto:

"¡Exigimos que los asesinos de Orlando Letelier sean detenidos y procesados, pero expresamos nuestra falta absoluta de confianza en la burguesía norteamericana para hacerlo! Denunciamos igualmente la complicidad del gobierno norteamericano en este asesinato odioso: ¿Cómo es posible que los asesinos a sueldo de Pinochet puedan ejecutar con impunidad su nefasta obra sanguinaria en las calles de Washington? La respuesta es patente.

"La clase obrera mundial debe dar un fuerte clamor de protesta en contra del asesinato brutal de Orlando Letelier. ¡Ni un centavo de ayuda a la junta militar! ¡Boicot laboral de todo cargamento con rumbo a, o proveniente de Chile! ¡El asesinato de Orlando Letelier será vengado por la revolución proletaria para aplastar a la ensangrentada dictadura pinochetista!

— "Pinochet Asesino! Orlando Letelier Murdered", *WV* No. 126, 24 de septiembre de 1976

Quienes acuden a los imperialistas "democráticos" para derrumbar al régimen pinochetista dieron un grito de alegría cuando el 2 de agosto la Cámara de Representantes estadounidense votó el embargo de armas con destino a Chile. Pero al día siguiente sus gritos se callaron cuando los liberales volubles revocaron la medida, cediendo a las órdenes de Carter. Esto debe servir como lección de la imposibilidad de depender del enemigo de clase para defender a los oprimidos y explotados. En contraste la tendencia espartaquista destaca la acción de los obreros portuarios de San Francisco, quienes en junio de este año señalaron el camino a seguir para la solidaridad proletaria con las masas chilenas, al boicotear un cargamento de piezas de bombas a la junta sangrienta (véase "ILWU Stops Bombs to Chile", *WJ* No. 210, 3 de junio de 1978). Es por medio de acciones auténticamente internacionistas, tales como ésta, y la construcción de un partido trotskista revolucionario de vanguardia en Chile en una lucha encarnizada con los reformistas estalinistas y socialdemócratas, quienes abrieron el paso al desastre del 11 de septiembre — que la clase obrera chilena se levantará de nuevo.

¡Vengar a Orlando Letelier! ¡No una junta militar de "derechos humanos" Made in U.S.A., sino revolución proletaria para aplastar al régimen de terror en Chile! ■

Lugarteniente del Kremlin en Africa

Cuba exporta la traición estalinista



Castro saluda a Brezhnev en La Habana.

Speccio

—traducido de *Workers Vanguard* No. 219,
17 de noviembre de 1978

“La derrota del imperialismo en Angola es el golpe más fuerte por él sufrido en Occidente en toda la historia”, dijo el conocido novelista colombiano Gabriel García Márquez, dándoles el mérito a los dirigentes cubanos, a quienes elogió por “la velocidad y tranquilidad con que actuaron, dándose perfecta cuenta de las consecuencias”. Aún permitiendo la exageración literaria, la evaluación histórica es desproporcionada. Pero el entusiasmo de García Márquez por la “misión revolucionaria” de Castro en Africa es característico de toda una gama de izquierdistas, en búsqueda de una causa popular desde la terminación de la guerra de Vietnam.

Aunque esta reacción era más bien típica de los nacionalistas “tercermundistas” y los filoestalinistas, también se manifestó entre aquellos que reclaman la herencia revolucionaria del trotskismo. Entre los dirigentes del mal llamado “Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional” (SU) de Ernest Mandel, el más atrevido fue el locuaz guerrillero de salón Livio Maitan quien proclamó que, “el compromiso decisivo de Cuba con una crucial batalla antiimperialista tiene pocos precedentes en la historia de décadas pasadas...” (*Inprecor*, 18 de marzo de 1976).

Pero aún el ala socialdemócrata y reformista del SU, encabezada por el Socialist Workers Party (SWP) de los Estados Unidos, corrió al lado de Castro. En las páginas centrales del *Militant* del 28 de julio de 1978, la introducción a un importante artículo por el veterano dirigente del SWP Joe Hansen—“Cuba y Africa”—declaraba que algo que no había cambiado durante los 20 años transcurridos desde la Revolución Cubana era “el

apoyo de la dirección castrista a las luchas antiimperialistas alrededor del mundo.”

El artículo de Hansen sirve hoy día de introducción a un libro recopilando sus escritos sobre Cuba, *Dynamics of the Cuban Revolution* (New York: Pathfinder Press, 1978). Aquí Hansen caracteriza el último giro en la política exterior de Castro como una confirmación impresionante de su caracterización ya consagrada (tanto por él como el SU) de Cuba como un estado obrero sano y no estalinista, y de Castro como un marxista revolucionario. Hansen hace la pregunta:

“¿Qué demuestra la creciente influencia de La Habana en los asuntos africanos acerca del estado actual de la Revolución Cubana? ¿Se ha enquistado una casta parásita en Cuba? ¿Se ha degenerado la revolución hasta el punto de que hoy deba decirse que un régimen estalinista ha usurpado el poder? ¿Juzgando a posteriori debe reconocerse ahora que la Revolución Cubana tuvo una dirección estalinista desde el comienzo? ¿O es que los nuevos sucesos indican otra cosa, la continuación de una política de extender la revolución internacionalmente, de esta manera yendo en contra de la política estalinista de ‘coexistencia pacífica’ con las potencias imperialistas y el sistema capitalista?”

Su respuesta:

“Pero en Africa, las actividades cubanas han aumentado considerablemente la inestabilidad a costa de las potencias imperialistas. Castro ha seguido un camino que cerraba, en vez de invitar, la posibilidad de un arreglo con el imperialismo norteamericano. Este solo hecho es prueba decisiva contra la aseveración de que los eventos en Africa significan que una casta burocrática endurecida se ha apoderado de Cuba.”

Algunos de los argumentos de Hansen son francamente ridículos, como su intento de atribuirle a Castro una independencia de iniciativa en Africa alegando que el Kremlin podría haber utilizado mejor letones, polacos o

checos, siendo que "Cuba queda más distante del escenario". Otros son descaradamente antimarxistas, como su "crítica fraternal" instando a Castro y Cia. a "ir hasta el final" en vez de limitar la política externa cubana al "antiimperialismo":

"Los cubanos parecen estar principalmente interesados en reforzar los aspectos antiimperialistas de los trastornos en estas zonas [Angola y Etiopía]. Pero hacer caso omiso de la lucha por las metas socialistas sólo puede ser contraproducente."

Esta distinción absoluta entre las metas antiimperialistas y socialistas es una expresión directa del desacreditado dogma estalinista de "revolución por etapas". La teoría trotskista de la revolución permanente sostiene que en la época actual la lucha contra el imperialismo es imposible sin desafiar directamente el dominio capitalista.

Para poder proclamar que sus análisis a comienzos de los 60 habían resistido la prueba del tiempo, Hansen se ve obligado a falsificar abiertamente las posiciones anteriores del SU. De acuerdo con el "abandono del guerrillerismo" por el SWP a partir de 1969 (recientemente compartido por la mayoría mandelista del SU), en su introducción Hansen critica la línea guevarista de guerra de guerrillas a escala continental por "basarse en una apreciación equivocada de la experiencia cubana y las posibilidades de su repetición":

"La conclusión general a sacar de este viraje es que para conducir la lucha por el socialismo se necesitan medios más efectivos que una simple banda guerrillera."

Pero allá en 1963, cuando la primera ola de entusiasmo radical pequeñoburgués por el castrismo, *el SU se fundó sobre la base del apoyo al guerrillerismo*. Una de las principales lecciones a sacar de las experiencias china y cubana, escribió el SWP en el documento de fundación del SU, es que "la guerra de guerrillas conducida por campesinos sin tierra y fuerzas semiproletarias... puede jugar un papel decisivo en socavar y precipitar la caída de un poder colonial o semicolonial" ("Por la pronta reunificación del movimiento trotskista mundial"). Otro documento del congreso de reunificación del SU hablaba de la posibilidad de "tomar el poder aún con un instrumento desafilado" en los países atrasados.

Esta revisión de la historia no es casual, ya que para presentar la política exterior de Castro como "antiimperialista" el SU ha deformado y disimulado sistemáticamente la verdadera política de La Habana. Así, para responder a la apología "trotskista" del castrismo por Joseph Hansen, es necesario examinar los hechos. El primer período de 1961 a 1965 se analiza en nuestro artículo, "Castro en busca de la distensión hemisférica" (en este número). Aquí, al repasar el zigzagueo de la política exterior cubana desde el "período heroico" del guevarismo a mediados de los 60, mostraremos que a pesar de un matiz a menudo más militante, consecuencia de su condición de isla asediada, la política castrista siempre ha sido fundamentalmente nacionalista, circunscrita (cuando no dictada directamente) por la política de distensión de sus hermanos mayores de la burocracia del Kremlin.

De la Tricontinental a la OLAS

Hansen alega que en los primeros años el gobierno cubano apoyó "tanto política como materialmente" los intentos de extender la lucha guerrillera revolucionaria a lo largo y ancho de América Latina, culminando en la conferencia de la OLAS de 1967. Otros dirigentes del SU

han alabado en forma similar las tesis de Guevara sobre una revolución continental:

"...este concepto, que es esencialmente trotskista y contrapuesto a la falsa teoría del 'socialismo en un solo país', ha sido adoptado por la dirección fidelista de la Revolución Cubana. El llamamiento en la Segunda Declaración de La Habana y la resolución del Congreso Tricontinental [1966] instando a las masas latinoamericanas a tomar el poder político, son ejemplos de ésto."

— Hugo González Moscoso, "The Cuban Revolution and its Lessons", en Ernest Mandel, *Fifty Years of World Revolutions, 1917-1967*

Para comenzar, las tesis de la Tricontinental no respaldan la revolución permanente como tampoco lo hizo la "Segunda Declaración de La Habana" con su llamado a la unidad con "las capas más progresistas de la burguesía". Las consignas más "avanzadas" en la declaración general de la Conferencia Tricontinental eran:

"...el derecho al control nacional de los recursos básicos, a la nacionalización de los bancos y las empresas vitales, al control estatal del comercio exterior y del cambio, al crecimiento del sector público, a la reconsideración y repudio de las deudas espurias y antinacionales..., a la realización de una verdadera reforma agraria que elimine la propiedad feudal y semifeudal..."

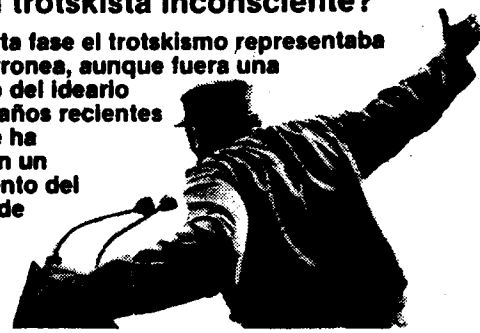
— *Tricontinental* No. 3, noviembre-diciembre de 1967

No hay absolutamente nada en esta declaración que

"Fidel": ¿un trotskista inconsciente?

"Pues si en cierta fase el trotskismo representaba una posición errónea, aunque fuera una posición dentro del ideario político, en los años recientes el trotskismo se ha transformado en un vulgar instrumento del imperialismo y de la reacción."

— Fidel Castro, a la conferencia Tricontinental, enero de 1966



"socialistas africanos", generales nacionalistas latinoamericanos u otros populistas y demagogos "tercermundistas" no pudieran aprobar—y buen número de ellos firmaron, entre ellos Sékou Touré de Guinea y Cheddi Jagan de Guayana. Entre los participantes de la conferencia también se incluyó varios de los partidos comunistas más derechistas de América Latina, y por un voto de 31 a 9 se respaldó la línea soviética de "coexistencia pacífica" (Adolfo Gilly, "A Conference Without Glory and Without Program", *Monthly Review*, abril de 1966).

La afirmación más dramática del carácter estalinista de la dirección cubana en la Conferencia Tricontinental fue el ataque virulento de Castro al trotskismo. Su invectiva se dirigió contra la tendencia posadista—una escisión histórica del SU que después de década y media de una existencia marginal se ha fracturado y disuelto en los límites oscuros de la izquierda latinoamericana—denunciando la aseveración posadista de que Castro había aplastado una fracción guevarista y "eliminado" al "Che". El "jefe máximo" sacó las viejas calumnias de que los trotskistas "están al servicio del imperialismo yanqui, igual que la Cuarta Internacional". Y atacó virulentamente al MR-13 guatemalteco, que tenía vínculos con los posadistas

y llamaron a la revolución socialista, mientras elogió a su rival, las FAR, orientadas por los estalinistas guatemaltecos, quienes sólo se pronunciaron por la revolución "democrática".

La respuesta de Hansen ("Adolfo Gilly, Fidel Castro and the Fourth International", reproducido en *Dynamics of the Cuban Revolution*) fue regañar amablemente a Castro por "repetir" calumnias estalinistas, expresando la esperanza de que su ataque al trotskismo fuera tan sólo "un episódico paso atrás", y gastando la mayor parte del artículo ajustando cuentas con los posadistas, entre otras cosas por la insistencia de estos de que Cuba apoyaba la coexistencia pacífica estilo Kremlin. (A comienzos de los años 60, cuando Castro encarceló a los trotskistas cubanos y se destrozaron en la imprenta las planchas para el libro de Trotsky, *La revolución traicionada*, Hansen y Cía. mantuvieron un silencio criminal.) Solamente cuando el estalinista de vieja guardia Blas Roca (el "Earl Browder cubano") se sumó a la campaña difamatoria antitrotskista es que Hansen por fin abrió fuego, pero aún entonces lo hizo con mucha cautela para evitar que sus comentarios pudieran interpretarse como un ataque al "equipo de Castro", que por supuesto incluía a los Blas Roca.

De la Tricontinental emergieron dos organizaciones internacionales dirigidas por Cuba: la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Africa, Asia y América Latina (OSPAAL) y la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Pronto se vió que la OSPAAL había nacido muerta y no hizo nada más que publicar su revista. Pero los cubanos al principio hicieron un esfuerzo de construir la OLAS, incluso formando comités nacionales. (El presidente del comité chileno de la OLAS fue Salvador Allende.) También se llevó a cabo una conferencia en 1967 aclamado por Hansen como "una realización alentadora y un paso hacia la revolución mundial." Dos años más tarde un congreso del seudotrotskista SU votó que su trabajo latinoamericano se basaría sobre todo en: "integrarse en la corriente revolucionaria histórica representada por la revolución cubana y la OLAS" ("Resolution on Latin America", *Intercontinental Press*, 14 de julio de 1969).

Por esa época Hansen ya se había distanciado del guerrillerismo guevarista y se opuso a la resolución de la mayoría mandelista. Pero no fue esa la posición que él defendió en 1967. En un informe entusiasta ("The OLAS Conference: Tactics and Strategy of a Continental Revolution", que también se incluye en el libro de Hansen), trató de congraciarse con Castro al "explicar" la andanada antitrotskista de éste en la Tricontinental. De acuerdo con la repugnante apología por el dirigente del SWP, ésta "fue interpretada por todos los elementos de vanguardia con algún conocimiento real del movimiento trotskista como una posible identificación equivocada del trotskismo con la extraña secta de Posadas o, en el peor de los casos, un simple eco tardío de las viejas calumnias estalinistas, cuyo propósito quedaba completamente oscuro." Procedió a embellecer a la conferencia misma:

"...el significado político de la conferencia de la OLAS está totalmente claro. Marcó la diferenciación fundamental entre la Revolución Cubana y los viejos partidos comunistas y su política colaboracionista de clases."

Para justificar esta interpretación, exageró el ataque de Castro al Partido Comunista venezolano, convirtiéndolo en una ruptura con "todos los PC derechistas". En primer

lugar, Castro *no rompió* con todos los PC derechistas: con la excepción de los PC de Argentina y Brasil, todos los demás partidos pró-Moscú de América Latina asistieron a la conferencia de la OLAS. Y en cuanto al delito de los venezolanos, el líder cubano solamente les exigió que volvieran a sus posiciones de 1962-65, de apoyo a la guerrilla del MIR.

Luego Hansen postula que, "Así, la cuestión de la lucha armada fue considerada en la conferencia de la OLAS como la línea divisoria decisiva separando a los revolucionarios de los reformistas a escala continental. En este sentido recordaba la tradición bolchevique." ¡Tonterías! Los bolcheviques consideraban a los narodniki y anarquistas rusos (quienes ciertamente creían en "la lucha armada") como "liberales disfrazados". Y un sinnúmero de movimientos populistas, nacionalistas y reformistas han estado dispuestos en determinadas circunstancias a embarcarse en la guerra de guerrillas. ¡El mismo J. V. Stalin no se distinguía precisamente por su reticencia a "empuñar el fusil"! La argumentación de Hansen es simple y llanamente contrabando mao-castrista, una disculpa para el estalinismo "tercermundista".

Bolivia—Praga: Castro gira a la derecha

Más aun, poco después de la conferencia de la OLAS el mismo régimen cubano bajó las armas, aunque fuera temporalmente. La catastrófica aventura del "Che" Guevara en Bolivia, aunque testimonia la dedicación del valeroso destacamento vilmente asesinado por la CIA y sus lacayos bolivianos, constituyó un fiasco político-militar desde todo punto de vista. En un emotivo discurso ante una multitud reunida en la Plaza de la Revolución, Castro responsabilizó al PC boliviano por no haber suministrado



Marc Hutten

Cadáver del "Che" Guevara, asesinado por la CIA.

el respaldo prometido. Pero fue la dirección cubana la que decidió apoyarse en los agentes bolivianos del Kremlin — quienes sólo cumplieron con su papel de siempre — del mismo modo que constituyó las conferencias de la Tricontinental y de la OLAS sobre la base de la participación de los PC latinoamericanos, y rompió rotundamente con el grupo guerrillero guatemalteco MR-13 por su negativa a aceptar la dominación estalinista.

Tomada en conjunto con la aniquilación de los grupos guerrilleros castristas y maoistas en el Perú, así como la situación difícil de las FALN venezolanas y las FAR guatemaltecas, era evidente, aún para torpes empiristas que toda la estrategia guevarista de la guerrilla campesina era un fracaso. (Esta comprensión, sin embargo, no se extendió al SU cuyos apetitos seguidistas son tan fuertes como para cegarlos, no sólo a los principios marxistas sino también a los meros hechos. En 1969 proclamaron a la guerra de guerrillas rural como eje de las luchas en América Latina por todo un período; cuando no ocurrió *ni una sola* de tales luchas, concluyeron en 1974 que “la lucha armada” debería incluir también a las guerrillas urbanas; y cuando éstas a su vez desaparecieron, en 1977 concluyen que habían malinterpretado el ritmo de los eventos. ¡Qué perspicacia!) Aparentemente el régimen cubano concluyó que los masivos programas de contrainsurgencia del Pentágono y de la CIA habían dado resultado, y consecuentemente suprimió el exiguo suministro de armas a las aisladas bandas de sus partidarios perdidos en las faldas de los Andes.

Aún bajo una presión considerable por parte del coloso imperialista yanqui del norte (Castro una vez remarcó que los políticos norteamericanos se ponen histéricos porque Cuba está a solo 90 millas de Florida; deberían apreciar, dijo, como se sentía él con el estado imperialista más poderoso del mundo a escasas 90 millas de La Habana), los cubanos aparentemente decidieron mejorar sus relaciones con Moscú a cambio de un incremento en la ayuda militar y económica. Así, cuando el 23 de agosto de 1968 los tanques soviéticos entraron a Praga, Castro hizo un importante discurso radiodifundido para apoyar la invasión del Kremlin a Checoslovaquia. Su discurso fue una ducha fría para muchos castristas latinoamericanos y debió haber remecido aún al SU. Pero tanto se habían acostumbrado estos ex-trotskistas a excusar lo inexcusable, que Joe Hansen escribió un largo artículo (“Fidel Castro and the Events in Czechoslovakia”, reproducido en su libro) en el cual “lamenta” de paso que Castro no haya visto la invasión checa como uno de los peores crímenes del Kremlin...; y a continuación dedica páginas enteras a elogiar las críticas de Castro a la coexistencia pacífica!

Salvo la introducción, el artículo más reciente en *Dynamics of the Cuban Revolution* data de 1970. De esa manera, más de media década de la política exterior cubana ni siquiera se menciona en el libro de Hansen. No es casual que éste sea el período en que fueron cometidos algunos de los más notorios actos oportunistas de Castro, traiciones que al SU le gustaría escamotear. Durante este tiempo Castro se acercó a cuánto populista aún medianamente nacionalista hubo en América Latina, con preferencia especial por los regímenes militares, alabando sus credenciales “revolucionarias” y “antiimperialistas”. Entretanto las guerrilleros restantes fueron abandonadas a su suerte. Douglas Bravo, dirigente de las FALN venezolanas,

al romper con La Habana en 1970 denunció a los cubanos por “concentrarse exclusivamente en fortalecer su economía, suspendiendo toda ayuda a los movimientos revolucionarios latinoamericanos” (*Le Monde*, 15 de enero de 1970).

El gobierno peruano del General Juan Velasco Alvarado fué el favorito de Castro durante los primeros años de esta década. En 1969 saludó a la junta militar izquierdista en Lima como un “fenómeno nuevo”, es decir, “un grupo de oficiales progresistas jugando un papel revolucionario” (citado por Carmelo Mesa-Lago, *Cuba in the 1970's: Pragmatism and Institutionalization* [1974]). Otro de estos “progresistas pistoleros” fue el General Omar Torrijos del Panamá, que el año pasado hizo sensación al negociar con Jimmy Carter un nuevo tratado sobre el Canal de Panamá permitiendo a los Estados Unidos mantener el control de la Zona del Canal hasta el año 2000, y otorgándole a partir de entonces un derecho ilimitado de invasión siempre y cuando afirme la existencia de una amenaza contra las operaciones del canal. Además de hacer pasar por revolucionario a este bonaparte entrenado en el ejército estadounidense, Castro le aconsejó a Torrijos tener paciencia, recordándole que los EE.UU. aún controlaba la base naval de Guantánamo y añadiendo, “no tenemos prisa” en recuperarla (*New York Times*, 13 de enero de 1976).

En otras partes del Caribe, los cubanos han estado cortejando al primer ministro jamaicano Michael Manley. Manley acompañó a Castro a la conferencia de países “no alineados” en Argelia en 1973, apoyó la intervención cubana contra el ataque imperialista de Sudáfrica y la CIA en Angola, y según informes tiene unidades policiales pretorianas entrenadas por La Habana (véase “Political Gang Warfare Escalates in Jamaica,” *WV* No. 118, 16 de julio de 1976). Y para demostrar que “lo pasado, pasado está”, en los últimos dos años Cuba ha mantenido relaciones de las más amistosas con el primer ministro de Guayana, Forbes Burnham. Este es el mismo individuo que en 1964 desalojó del poder al amigo de Castro, Cheddi Jagan, ¡con la ayuda de la CIA!

Pero la mayor traición de todas fue el apoyo político dado por el dirigente cubano al gobierno de la Unidad Popular (UP) de Salvador Allende en Chile. Los dirigentes del SU bañaron en alabanzas a Castro por su denuncia, en 1967, del PC venezolano que propiciaba una “vía pacífica” de la revolución; pero cuando tres años más tarde el frente popular chileno llegó al gobierno a través de las urnas, el protagonista histórico de la guerra de guerrillas no pronunció sino elogios a la UP de Allende. En efecto, cuando Castro visitó a Chile en noviembre de 1971 dijo en un discurso ante la federación sindical CUT: “...nunca hubo contradicción alguna entre los conceptos de la revolución cubana y el camino seguido por el movimiento de izquierda y los partidos obreros en Chile” (*Fidel in Chile* [1972]). Castro habría expresado críticas “confidenciales” a Allende sobre la falta de movilización de las masas, pero mientras tanto el gobierno frentepopulista, públicamente aclamado por el líder cubano, iba desarmando políticamente a los trabajadores al solicitarles depositar su confianza en el ejército “constitucionalista” y la burguesía “democrática”. El saldo de esta traición: más de 30.000

* Todos las citas seguidas de un asterisco han sido traducidas de una transcripción en inglés o francés, y pueden no coincidir con el original.



Sigma

Castro pasa revista al ejército chileno junto con el "oficial constitucionalista" Pinochet durante el régimen de Allende: las ilusiones suicidas del estalinismo.

muertos, 500.000 exilados, una oportunidad revolucionaria aplastada.

Cuba en Africa

En forma similar a China durante el período anterior al giro en la política exterior de Nixon en 1971, los gobernantes del estado obrero deformado cubano han seguido una política exterior relativamente más agresiva que la de sus mentores del Kremlin, sin dejar de basarse en las estrechas consideraciones nacionalistas de toda burocracia estalinista. "Reformismo bajo el fusil", lo calificábamos en el caso de los maoistas. Y cuando se presentó una oportunidad de recuperar la aureola de la combatividad revolucionaria y al mismo tiempo hacerle un favor a Brezhnev, Castro y Cia. la aprovecharon en seguida. La coyuntura fue la batalla por Angola a partir de la terminación del dominio colonial portugués a fines de 1975.

Es el nuevo papel de Cuba en Africa lo que ha motivado los panegíricos de todos los cansados izquierdistas de ayer, ahora personas respetables pero aún dispuestas a apoyar una causa buena. Mientras Washington discute si Castro es una simple peón de los rusos, los seudomarxistas hacen lo mismo. El novelista Gabriel García Márquez, quien cuando se aventura en política se muestra un servil adulador de "Fidel", ha publicado una extensa entrevista con su "comandante supremo" en la que describe cómo Cuba decidió, independientemente, ayudar al MPLA angoleño contra el asalto de Sudáfrica y la CIA. Hansen también concluye que "el régimen de Castro ejerció cierta iniciativa al introducir la influencia cubana..." Quizás sí, pero obviamente no pudo haber actuado sin el visto bueno soviético (todo el armamento y gran parte del transporte de las tropas cubanas a Angola y Etiopía fueron suministrados por los rusos).

Para apoyar su premisa de que Cuba es un estado obrero no burocratizado con una dirección revolucionaria (aunque tal vez un poco torpe; se olvidan de que Castro ha

sido un "trotskista inconsciente" durante casi 20 años, de acuerdo con el SU), Hansen trata de argumentar que la política de Castro consiste en "extender la revolución internacionalmente, oponiéndose de esa forma a la política estalinista de 'coexistencia pacífica' con las potencias imperialistas..." Aquí sí que ha metido la pata pues los cubanos sostienen con insistencia que su política en Africa cabe dentro del marco de la distensión. Por cierto, en el primer (!) congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en diciembre de 1975 mientras los combates en Angola se libraban con toda fuerza y miles de soldados cubanos se encontraban a bordo de transportes en medio del Atlántico, la dirección castrista se pronunció formalmente por la distensión como política oficial del partido.

¿Por qué se muestra el SWP tan interesado en apoyar las aventuras cubanas en Africa? Sin duda hay varios motivos. Uno se desprende de la curiosa observación de Hansen: "Un nuevo aspecto de esta intervención es su legalidad... En respuesta al llamamiento [del MPLA], los cubanos actuaron de acuerdo con la ley internacional." Contrariamente a la afirmación de Hansen antes citada, un importante sector de la burguesía norteamericana vio la influencia cubana como una fuerza *estabilizadora* en Africa. No deseando atar los intereses estadounidenses al destino del condenado régimen rodesiano ni a la odiada Sudáfrica, vieron en las tropas cubanas un factor que impedía una guerra civil sangrienta e inconclusa en Angola y refrenaba al voluble demagogo Mengistu en Etiopía. Así, el embajador norteamericano ante las Naciones Unidas, Andrew Young, declaró en una entrevista televisada que "en un sentido los cubanos introducen cierta estabilidad y orden en Angola" (*New York Times*, 3 de febrero de 1977). Hansen tiene presente los tiempos cuando el SWP formó un bloque político sobre Vietnam con el ala derrotista del Partido Demócrata.

Ciertamente, otro motivo es ocultar su infame neutralidad en el momento de la invasión sudafricana contra Angola en 1975-76. En ese entonces el SWP rehusó tomar

partido por el MPLA, respaldado por la URSS-Cuba, contra el FNLA financiado por la CIA y el UNITA ayudado por Sudáfrica. En un informe al Comité Nacional del SWP publicado en el *Militant* del 23 de enero de 1976 (Sudáfrica lanzó la invasión a finales de octubre de 1975), Tony Thomas conjeturaba:

"Si la intervención imperialista aumenta, como parece altamente probable, podríamos, por razones tácticas, decidimos a favorecer la victoria de uno u otro de los grupos, pero por supuesto sin darle ningún respaldo político."

En realidad, el SWP nunca llegó a ajustar su línea durante los combates, provocando cierto escándalo dentro del SU.

Los ex-socios latinoamericanos de Hansen (en la lucha fraccional de casi diez años dentro del SU), dirigidos por el camaleón Nahuel Moreno, condenaron al SWP por no haber apoyado al MPLA en este momento crucial y luego haber tratado de tergiversar los hechos para encubrir su posición. El SWP llegó a publicar una "versión final corregida" del informe de Thomas al Comité Nacional (en el libro *Angola: The Hidden History of Washington's War* [1976]) en la cual omitieron sus apologías al FNLA y UNITA y añadieron, ex post, su línea revisada de que la invasión imperialista cambió el carácter de la guerra. Después de este escamoteo se atrevieron a publicar un documento interno deshonesto (Doug Jenness y Tony Thomas, "The SWP's Policy in Relation to Angola: 'Historic Error' or a Record to Be Proud Of?", *SWP Discussion Bulletin*, 1977) pretendiendo indignarse por la acusación morenista.

Ultimamente el SWP fue criticado por la ex-mayoría mandelista (ahora formalmente disuelta, pero aún contando con su propia publicación internacional), que después de ocho años como castristas ligeramente disfrazados de repente descubre unas críticas "trotskistas" de la política exterior cubana en África. El mismo número de *Imprecor* (21 de septiembre de 1978) que publica una traducción de la introducción de Hansen presenta un contra-artículo del "experto" mandelista en asuntos africanos Claude Gabriel sobre "El papel de Cuba en África". Después de fustigar a Cuba por la brutal represión contra la izquierda por parte de sus aliados en Angola y Etiopía (un hecho que Hansen solo menciona de pasada), Gabriel anota:

"Sería, por consiguiente, erróneo concluir mecánicamente que debido a la existencia de conflictos entre Cuba y el imperialismo en África la dirección castrista está fuera del marco de la coexistencia pacífica."

Los dos ataques a Hansen son, en lo fundamental, racionalizaciones a posteriori. Por su parte, los morenistas son verdaderos expertos en ocultamiento y falsificaciones (cfr. sus repetidas autojustificaciones cínicas de su escandaloso apoyo político al gobierno peronista de Argentina en 1974-75) y simplemente quieren un garrote fraccional contra el SWP. Por otro lado, los mandelistas más extremos pasan su gota amarga luego de haberse quemado en su bravuconada guerrillera.

A diferencia del SWP, cuya capitulación reformista ante los liberales imperialistas los condujo a adoptar una "neutralidad" en favor del FNLA y UNITA durante el asalto imperialista contra Angola en 1975-76, y a diferencia del ala mandelista del SU, que apoyó al MPLA en la riña nacionalista antes de que la invasión sudafricana cambiara el carácter de la guerra civil, la tendencia

espartaquista ha mantenido una política principista de independencia política del proletariado con respecto a todos los rivales nacionalistas, a la vez que propugnábamos la victoria militar del MPLA (respaldado por Cuba y la URSS) contra la agresión imperialista (véase "Smash Imperialist Power Play in Angola", *Workers Vanguard* No. 84, 14 de noviembre de 1975).

Hansen y Cia. se ven forzados a distorsionar sistemáticamente la política cubana, y a reinterpretar solapadamente la propia, porque ya hace rato que abandonaron el programa trotskista para ponerse a la cola del estalinismo "tercermundista" y posteriormente de su "propia" burguesía. La tendencia espartaquista ha sido única en sostener que el estado obrero cubano fue, desde sus comienzos, cualitativamente burocráticamente deformado. Aunque una casta burocrática endurecida no se había consolidado al principio, la prepotencia de una



Lefort/Gamma-Liaison

El nuevo "revolucionario castrense" amigo de Castro: Mengistu, asesino de jóvenes guevaristas etíopes.

dirección bonapartista en la ausencia de formas soviéticas de democracia obrera fue decisiva, como escribimos hace más de 15 años (véase "Hacia el renacimiento de la Cuarta Internacional", *Cuadernos Marxistas* No. 1), para determinar el carácter estalinista del régimen de Castro.

Llamando por la defensa combativa de la revolución cubana contra el ataque imperialista, señalábamos al mismo tiempo que la burocracia en vías de consolidación era programáticamente incapaz de dirigir la lucha anti-imperialista que a lo largo constituye su única esperanza de victoria: tendrá que ser depuesta a través de una revolución política proletaria. En la medida en que Castro se ha visto cada vez más enredado en las maniobras globales del Kremlin, abandonando a sus seguidores guerrilleros, alabando a generales "antiimperialistas" y demás, nuestro análisis marxista se ha visto confirmado una y otra vez. La tentativa de Hansen de inventarle un imaginario papel revolucionario a Castro —cuyas intervenciones en África son simplemente parte del esfuerzo soviético a escala global por ganarse un poco más de espacio para maniobrar dentro del marco de la distensión— es factualmente inexacto, teóricamente fatal y políticamente liquidacionista.

Y no explica la política cubana, ni en África ni en ninguna parte. ■

Mandel...

de la página 32

trabajadoras, se volvió un guerrillero de salón y ordenó a sus seguidores adherirse a la "Internacional" guerrillera de Castro, la abortada OLAS.

Hoy en día corre nuevamente tras las últimas modas europeas, el frentepopulismo y el eurocomunismo. Para Trotsky la oposición proletaria-revolucionaria al frente popular constituía la clave de la estrategia revolucionaria en esta época, y "el mejor criterio para diferenciar el bolchevismo del menchevismo"; en cambio los mandelistas en Francia se negaron a calificar de frente popular a la Unión de la Izquierda y, temerosos de quedarse "aislados", siguieron a la cola de las masas al reivindicar el voto por los candidatos de ésta. Y mientras los eurocomunistas se enredan en la campaña antisoviética de Jimmy Carter por los "derechos humanos", Mandel dice que "confía y espera" que traidores reformistas empedernidos como el líder del PC español, Santiago Carrillo—quien atravesó un piquete de huelga en Yale para demostrar su agradecimiento al Departamento de Estado por dejarle visitar América—"volverán al camino del marxismo revolucionario".

Aún aquellos relativamente poco familiarizados con el trotskismo pueden darse cuenta fácilmente que este hombre tiene poco que ver con los valientes militantes de la Oposición de Izquierda cuyo jefe fue asesinado por orden de Stalin en 1940. Pues, si los espontaneístas del poder estudiantil, los guerrilleros guevaristas y el frente popular pueden encauzar la lucha revolucionaria, entonces ¿para qué se necesitan partidos trotskistas? Y de hecho, si los reformistas estalinianos del PC pueden "volver" al marxismo revolucionario, Trotsky estaba totalmente equivocado al considerar que la Comintern se había pasado definitivamente al lado de la burguesía después de que Stalin permitió el ascenso de Hitler al poder en 1933, sin ningún impedimento. Así, la fundación de la Cuarta Internacional cinco años más tarde habría sido, en el mejor de los casos, un error tremendo.

"Las muchas caras y ondas largas de Ernest Mandel"

En Nueva York Mandel hablará de la crisis económica mundial. Precisamente es en la materia de economía donde él ha ganado renombre como intérprete y divulgador de Marx en el período del capitalismo monopolista. Su obra *Teoría económica marxista* es el libro más leído en su género, y Mandel tiene cierta aureola de innovador teórico, debida por ejemplo a su nueva elaboración (en su libro *El capitalismo tardío*) de las teorías de "onda larga" del economista ruso Kondratiev. Con frecuencia Mandel parece ortodoxo comparado con otros economistas seudo-marxistas, tal como Paul Sweezy quien deforma la teoría marxista del valor para justificar su teoría tipo Nueva Izquierda del capitalismo monopolista libre de crisis; o como Charles Bettelheim, quien elabora una nueva definición del capitalismo para justificar el dogma maoísta de que la URSS es "social-imperialista". Pero en realidad, los escritos económicos de Mandel son ahijados de sus apetitos políticos; constituyen el más puro impresionismo revestido de jerga marxistoide.

Un ejemplo basta: ¿por qué sacó a relucir nuestro "teórico", las "ondas largas" de Kondratiev? (Según su tesis, el período entre 1945 y 1966 fue una "larga fase de crecimiento rápido de la posguerra", durante la cual la política contracíclica—supuestamente eficaz—del estado capitalista, habría hecho imposible la repetición de un nuevo craque estilo 1929. En contraste, actualmente nos encontramos—dice él—en una curva descendente en la que las luchas económicas de los obreros topan contra la sed de ganancias de los patronos.) Ahora, en primer lugar Mandel no aporta ningún dato económico para respaldar sus aseveraciones: no existen tales cifras para el siglo XIX; no hace caso, intencionadamente, del boom de mediados y fines de los años 20, a fin de poder mostrar todo el período de entreguerras como una onda descendente; y el famoso "boom de la posguerra" es un mito—siendo muy desigual internacionalmente, con muchos altibajos.

El origen de la teoría de Mandel de las ondas largas se encuentra en el plano político, no el económico. Es un truco deshonesto y objetivista con el propósito de excusar el que durante los años 60 él descartaba a la clase obrera de los países imperialistas como fuerza revolucionaria. En esa época no se refería al "capitalismo tardío" sino al "neocapitalismo" basado en una "tercera revolución industrial" de la automatización y la energía nuclear. En su texto, *Introducción a la teoría económica marxista*, Mandel afirma: "La fase neocapitalista que estamos viviendo actualmente es la de una expansión a largo plazo del capitalismo..." Esto contradice directamente la tesis leninista de que la época imperialista es una de *decadencia* de las fuerzas productivas—"la agonía del capitalismo" como lo llamaba Trotsky en el título del programa de fundación de la Cuarta Internacional.

¿Y cuáles son las implicaciones de tal expansión a largo plazo? Mandel escribe:

"El ciclo a largo plazo que empezó con la Segunda Guerra Mundial, y en el cual todavía nos encontramos... ha sido caracterizado, por el contrario, por la expansión, y es debido a esta expansión que ha aumentado el margen de negociación y discusión entre la burguesía y la clase obrera. Se ha creado la posibilidad de fortalecer el sistema sobre la base de hacer concesiones a los obreros, ... colaboración estrecha entre una burguesía en expansión y las fuerzas conservadoras del movimiento obrero, y se sustenta fundamentalmente por la tendencia ascendente del nivel de vida de los trabajadores."

— *Introducción a la teoría económica marxista* (1967)

¡Imagínese cual sería hoy día la acogida de tales bobadas, aún en el medio radical pequeñoburgués! Mandel se vería obligado a abandonar la escena entre carcajadas. Pero en aquel entonces era un tema popular de todas las teorías de una "nueva clase obrera" y, como siempre, nuestro economista "marxista" se agarró a lo que estaba de moda para elaborar una teoría derivada de una impresión superficial.

En cuanto a la voluntad de los patronos de "comprar" a los obreros, basta recordar la brutalidad con que la burguesía norteamericana reprimió la huelga del metal de 1959 para echar por tierra esta pretensión.

Pero la teoría de Mandel es más que una distorsión de los hechos: es un intento a justificar la traición. El caso más concreto es su propia actitud traidora durante la huelga general belga de 1960-61 (un suceso que según su esquema de "neocapitalismo" no debiera haber ocurrido nunca).



Laurent/Gamma

Los grandes de la Unión de la Izquierda francesa: el radical Fabre (izquierda), Marchais (centro) del PCF, Mitterrand (derecha) del PS.

Mandel editaba un periódico, *La Gauche*, que pretendía ser la voz de una amplia franja de izquierda del Partido Socialista Belga (similar al grupo alrededor del *Tribune* en Inglaterra hoy), sirviéndose del patrocinio de André Renard, uno de los principales burócratas sindicales. *La Gauche* estaba proponiendo un programa de "reformas estructurales", incluyendo la abolición de la "loi unique" (el programa de austeridad antiobrero del gobierno demócrata cristiano), nacionalización de la industria eléctrica, planificación económica gubernamental, control sobre los monopolios, reducción del presupuesto militar a la mitad, etc. En otras palabras, un programa de reformas socialdemocráticas sumamente modesto.

Al desarrollarse una huelga general contra la *loi unique*, cuando los obreros reclamaban en asambleas masivas "¡Abajo el gobierno Eyskens!" *La Gauche* de Mandel escribió el 24 de diciembre de 1960: "Los obreros temen que si el gobierno cae durante la presente crisis social, el Partido Socialista Belga entrará en un nuevo gobierno de coalición..." Esto, decía, sólo sería aceptable si, "1) el nuevo gobierno abandonase la *loi unique*, 2) si se conservasen los puntos esenciales de las reformas estructurales como política del gobierno." Así en nombre de "reformas estructurales" ¡Mandel anunciaba su aceptación de un gobierno burgués de coalición!

Pero no se paró en eso. El 1º de enero de 1961 *La Gauche* puso un titular en rojo: "¡Organicemos la marcha sobre Bruselas!" Por desgracia, Mandel se había adelantado a su mentor Renard, quien no estaba dispuesto a provocar un enfrentamiento con el gobierno Eyskens. A la semana siguiente *La Gauche* argumentaba en contra de la concentración de fuerzas en un solo sitio y momento, y preconizaba una táctica de guerrilla; y el 14 de enero Mandel se sintió obligado a una claudicación miserable:

"Nos han reprochado el haber lanzado la consigna de la marcha sobre Bruselas... ya que no ha sido asumida por los dirigentes, nos sometemos, pero señalamos que cuando apareció nuestra convocatoria la semana pasada, no había ninguna indicación al respecto."

Es verdad, por supuesto. Si Mandel hubiera sabido que Renard estaba rotundamente opuesto a la marcha nunca hubiera lanzado la consigna.

Otro de los temas que tocará Mandel durante su gira son los sucesos de mayo de 1968 en París. Lo que no va a mencionar, sin embargo, es cómo su teoría del "neocapitalismo" le condujo a proponer un programa instando a las masas trabajadoras ¡a no luchar por el poder estatal! En ese momento había diez millones de obreros en huelga, amenazando romper el control burocrático del PC y los sindicatos. Sin embargo, como "todavía no hay una vanguardia lo suficientemente influyente, organizada y unificada a la izquierda del PC, que pueda conducir a las masas a una victoria inmediata" -escribió Mandel- "aquí es donde la estrategia de las reformas estructurales, 'las consignas transitorias', asumen toda su validez" (*Militant*, 14 de junio 1968). Para los trotskistas las consignas transitorias son parte del programa que "inalterablemente conduce a una conclusión final: la conquista del poder por el proletariado". Mandel, sin embargo, proclamaba que "las masas no pueden tomar el poder", y por lo tanto reivindicaba "reformas estructurales" (control obrero de la producción, abrir los libros, acabar con el secreto bancario), medidas que en explícito *no* eran presentadas como un reto al dominio capitalista sino sólo como "garantías".

En los años 70 Mandel ya no hablaba de "neocapitalismo", y pronto descubrió que la larga onda del "boom de la posguerra" ya estaba en una fase descendente. Lo que había cambiado, sin embargo, no era la situación económica. Las condiciones económicas en Francia en 1968 y durante el "otoño caliente" de Italia de 1969 eran similares a las de principios de los 60. Lo que sucedió es que en el mayo francés los exponentes de una vanguardia estudiantil, a los que Mandel antes iba siguiendo, descubrieron a la clase obrera. A medida que los grupos maoistas/sindicalistas iban creciendo, los mandelistas, amenazados por su izquierda, dieron marcha atrás y

empezaron el seguidismo tras "una nueva [luego 'amplia'] vanguardia de masas" incluyendo a obreros radicalizados. El pronóstico económico actual de Mandel, aunque superficialmente más ortodoxo que sus contorsiones "neocapitalistas", no está en realidad más cerca del trotskismo. Es simplemente una justificación para correr tras la combatividad espontánea de los obreros y para negarse a plantear la totalidad del programa de transición dentro de los sindicatos.

La medida del hombre: como Mandel se volvió pablista

Hace más de 25 años que Ernest Mandel rompió con el trotskismo, en una época de gran crisis en la Cuarta Internacional que condujo a la escisión de 1953 y a la consiguiente destrucción de ésta como el partido mundial de la revolución socialista. La causa de este golpe terrible al trotskismo mundial fue el liquidacionismo pablista, y a pesar de un paso indeciso inicial oponiéndose a esta corriente revisionista, Mandel pronto se rindió y sirvió de abogado defensor para los liquidacionistas. Esta claudicación reveló un aspecto clave de su carácter: *cobardía política*, que es incompatible con la condición de dirigente revolucionario. Desde entonces Mandel ha sido en lo esencial una prostituta intelectual, una pluma de alquiler para la manía del momento dentro de la izquierda. Esto es lo que explica su amplia popularidad, puesto que hace suyo lo que esté en boga para esa temporada. Pero el precio de esta popularidad es una negativa constante a proporcionar una conducción revolucionaria: "decir la verdad a las masas, por amarga que sea."

A finales de los años 40 los partidos estalinistas de Europa occidental, particularmente en Italia y Francia, fueron capaces de extender y consolidar su influencia como resultado del importante papel que jugaron en la resistencia a la ocupación nazi. Las fuerzas de la Cuarta Internacional, que habían sido enormemente debilitadas por los asesinatos, tanto por los estalinistas como por los fascistas durante la Segunda Guerra Mundial, estaban en gran parte marginados del movimiento obrero. Al mismo tiempo, el inicio de la guerra fría condujo a un endurecimiento de la línea del Kremlin, en tanto que la aparición de estados obreros burocráticamente deformados en Europa del Este y China llevó a los empiristas a sacar la conclusión de que quizá se podría empujar a los estalinistas a girar hacia la izquierda.

Fue bajo estas circunstancias que las presiones del aislamiento diezmaron a la Cuarta Internacional. La corriente revisionista que apareció estaba encabezada por Michel Pablo, jefe del Secretariado Internacional. En enero de 1951, en un artículo titulado "¿Adónde vamos?" Pablo desarrolló su tesis de "guerra-revolución" según la cual era inminente una Tercera Guerra Mundial entre los EE.UU. y la URSS, y el movimiento obrero de Europa occidental estaría subordinado a esta dinámica. Aún más, bajo la presión de las masas, escribió Pablo, "Los Partidos Comunistas conservan la posibilidad bajo ciertas circunstancias de delimitar a grandes rasgos una orientación revolucionaria." Por lo tanto, en vista de la posible aparición de situaciones revolucionarias antes de que la vanguardia trotskista pudiera reunir suficientes recursos, Pablo preconizó una política de "entrismo *sui generis*", según la cual las secciones de la Cuarta

Internacional entrarían en los partidos de masas estalinistas y socialdemócratas con la perspectiva de permanecer en ellos durante largo tiempo para presionar a los reformistas hacia la izquierda.

Este programa privó a la Cuarta Internacional de su razón de ser. En consecuencia surgieron en muchas secciones los primeros brotes de rechazo del esquema de Pablo. Cuando los dirigentes de la sección francesa rehusaron seguir la receta del "entrismo profundo" en el Partido Comunista, Pablo les desconoció como dirección, una decisión burocrática digna de un pequeño Stalin. Cosa interesante, la primera oposición al pablistismo fue un documento escrito por Ernest Germain (el nombre de partido de Mandel), luego conocido como las "Diez tesis". A primera vista esto no era sino una reafirmación de verdades evidentes sobre la política contrarrevolucionaria del estalinismo. En realidad, aunque hacía malabarismos para no atacar a Pablo por nombre propio, era un ataque velado al programa propuesto en "¿Adónde vamos?" La décima tesis de Germain afirmaba:

"Es precisamente porque la nueva ola revolucionaria contiene en embrión la destrucción de los partidos estalinistas como tales por lo que hoy deberíamos estar más cerca de los trabajadores comunistas. Esta es sólo una fase de nuestra tarea fundamental: construir nuevos partidos revolucionarios."

Mandel/Germain, sin embargo, no fue capaz de lograr que el Secretariado Internacional, dominado por Pablo, adoptase sus tesis. No teniendo ganas de una lucha fraccional—aún cuando estuviese en peligro la existencia misma de la Cuarta Internacional—sucumbió ante las presiones de Pablo. Después, Germain se convirtió en el secuaz del perentorio secretario general contra la mayoría de la dirección de la sección francesa (PCI), que había apoyado sus "Diez tesis", ahora abandonadas por él. En respuesta a esta cobarde traición, Favre-Bleibtreu, portavoz de los antipablistas franceses escribió a Germain en julio de 1951:

"Siempre disfrutamos muchísimo leyendo tus documentos, cuyo nivel cultural, riqueza imaginaria y de estilo nos recuerda que tú sigues siendo el escritor más brillante de la Internacional. Pero esta lectura confirma mi creencia de que te hace falta una cualidad, la más necesaria para todo dirigente: firmeza de sus ideas políticas."

"Hoy ofreces magnánimamente a la dirección del PCI un remanso de paz 'en las filas de la mayoría de la Internacional' donde tu mismo te refugiaste, sin gloria, después de unos intentos irresolutos de resistencia a las manifestaciones revisionistas de Pablo. Perdónanos por no seguirte por ese camino, ya que para nosotros la Internacional no se construye con maniobras, y sobre todo no con tus irrisorias maniobras."

"Comarada Ernest Germain, renuncia a tus maniobras de diversión, renuncia a tu doble juego chaquetero pueril e irresponsable, expresa y defiende tus ideas como nosotros las defendemos."

— traducido de *Spartacist* (edición francesa)
No. 7, otoño de 1974

No cuesta mucho imaginarse la amargura de estos camaradas, quienes fueron botados de la Internacional, cuando el erudito "dirigente" Mandel se deshizo bajo la más mínima presión. Pero el daño que sufrieron a causa de esta perfidia no puede compararse al crimen perpetrado contra los trotskistas chinos, entonces prisioneros en las cárceles del régimen estalinista de Mao Tse-tung. Este relato de atropellos está documentado en una carta de Peng Shu-tse, dirigente de la sección china de la Cuarta



Huelga de ocupación en la fábrica de automóviles Citroën en mayo del 1968. Mientras 10 millones de trabajadores estaban en las calles, Mandel llamaba por "reformas estructurales anticapitalistas".

Internacional, al dirigente trotskista norteamericano James P. Cannon en diciembre de 1953. Peng se asombró primero cuando, algún tiempo después de llegar a Europa, se enteró de que Pablo consideraba al partido de Mao centrista y proclamaba que Mao había asumido las tesis centrales de la teoría trotskista de la revolución permanente. Si se considera que Peng había sido obligado a huir de China ante los golpes de la represión estalinista, se comprende fácilmente que le costó bastante tragar esto.

Igualmente difícil de pasar fue la declaración de Pablo sobre China adoptada por el Comité Ejecutivo Internacional (CEI) en junio de 1952. "Lo peor" - escribía Peng - "es que nadie puede encontrar en esa resolución una perspectiva para los trotskistas chinos." Los que apoyaban la resolución, informaba a Cannon, propugnaban la disolución de la sección china para unirse al Partido Comunista. Pero el colmo fue cuando Peng presentó su informe ante el plenario del CEI en noviembre de 1952 sobre la represión de los trotskistas chinos por Mao. Pablo replicó que la masacre no era un acto deliberado sino un error y una excepción. En mayo de 1953 Peng presentó para la consideración del CEI una petición de ayuda internacional por parte de los trotskistas chinos y una carta abierta al régimen de Mao protestando por los asesinatos y encarcelamientos. Pablo accedió a publicar la primera, pero después la suprimió.

En cuanto a la carta abierta, Germain, ya para entonces lacayo de Pablo, informó a Peng (quien era miembro del CEI, y del Secretariado Internacional hasta que Pablo lo depuró) que ella debería haber expresado un apoyo total al régimen de Mao, ensalzando sus logros revolucionarios, y sólo entonces haber mencionado los hechos relativos a la persecución. A causa de la oposición de Peng al régimen de Pekín por estalinista, Mandel/Germain le denunció como "sectario sin remedio" y se negó a hacer circular la carta abierta en la Internacional. Los trotskistas chinos, decía el 'revisionista Germain, eran "refugiados de una revolución".

Como si ya no fuera bastante esconder y por ende disculpar la represión maoista—alabando el régimen estalinista como revolucionario, calumniando a sus propios camaradas y negándose a protestar o aún anunciar la persecución y hasta asesinato contra ellos—Pablo y Cia. también dieron instrucciones a Peng de no informarles sobre esta caza de brujas a un grupo de trotskistas vietnamitas que volvían a su país para incorporarse al partido de Ho Chi Minh. Pero Ho mismo era responsable del asesinato del líder trotskista vietnamita Ta Thu Thau y de muchos otros militantes de la Cuarta Internacional que acaudillaron el levantamiento de agosto de 1945 contra la restauración del régimen colonial en Indochina. El grupo de emigrados vietnamitas volvieron a su país ignorantes de la represión estalinista que se estaba llevando a cabo en China—que indudablemente hubiera menguado su entusiasmo por la táctica pablista de "entrismo profundo"—y de ellos no se oyó más.

Peng escribió en su carta que él había considerado a Mandel/Germain como "uno de los jóvenes dirigentes con más porvenir dentro de nuestro movimiento," aunque "también había anotado su falta de profundidad de análisis al enfocar varios problemas, su tendencia impresionista, su disposición titubeante y transigente manifestada con frecuencia en importantes problemas, y su facilidad para modificar sus propias posiciones." Fueron estas últimas características—el impresionismo y la cobardía—las que condujeron a Mandel a los brazos de Pablo y le destruyeron como dirigente político. Pero esto fue más que una tragedia personal. Fue un factor primordial que permitió a Pablo apretar aún más la garra burocrática que tenía sobre la Cuarta Internacional y finalmente destruirla. La avergonzada capitulación política de Mandel facilitó la victoria del revisionismo pablista sobre una Cuarta Internacional débil y desorientada: la destrucción política del partido revolucionario mundial fundado por Trotsky. Y saboteara directamente la

urgentemente necesaria defensa de los trotskistas chinos, que aún hoy siguen pudriéndose en las cárceles de Mao (si es que aún no han muerto).

Por culpa de sus debilidades personales Mandel se volvió no sólo un revisionista sino un traidor al movimiento trotskista.

No solamente el programa revisionista pablista significó la liquidación de la lucha por construir una vanguardia trotskista, sino que pronto se expresó en la práctica en una serie de capitulaciones políticas ante el estalinismo. Cuando el 17 de junio de 1953 la clase obrera de Berlín Oriental se levantó en contra de sus gobernantes burocráticos—en primer lugar contra el ejército de ocupación ruso—las ondas de choque abarcaron a toda Europa. El escritor Bertold Brecht, viejo miembro del Partido Comunista, acuñó un epígrafe lleno de amarga ironía y resignación: según las autoridades, “el pueblo habría perdido la confianza del gobierno y sólo podría recobrarla a través de un esfuerzo redoblado. ¿No sería más fácil si el gobierno disolviera al pueblo y eligiera un nuevo?” ¿Cuál fue la respuesta del Secretariado Internacional de Pablo a este suceso, el primer intento, fracasado, de una revolución política en el bloque soviético? Sacó un comunicado reclamando la “verdadera democratización de los Partidos Comunistas”—es decir, la autoreforma burocrática—y se abstuvo, deliberadamente, de llamar por el retiro de las tropas soviéticas (*Quatrième Internationale*, julio de 1953).

Tres años más tarde Pablo/Mandel y Cía. repitieron su capitulación ante el Kremlin, esta vez volviéndoles la espalda a los obreros húngaros que se levantaron contra la odiada policía secreta y el ejército ruso. Comparando desfavorablemente este intento de revolución proletaria antiburocrática con Polonia, estos “trotskistas” fraudulentos escribieron que la ausencia de una dirección política “producía exactamente estos fallos y peligros” que Polonia había evitado “gracias al papel dirigente jugado por ... la tendencia de Gomulka ... una tendencia centrista que no obstante está evolucionando hacia la izquierda...” (*Quatrième Internationale*, diciembre de 1956). Nuevamente la perspectiva era la de *presionar* a la burocracia, apoyando a un ala en contra de otra, y *no* de movilizar a los obreros alrededor de un partido trotskista.

A principios de los años 60, sin embargo, los ojos de los pablistas se volvieron hacia el llamado “Tercer Mundo”, y en particular hacia los pequeñoburgueses nacionalistas Ben Bella (Argelia) y Castro. Reconociendo que la burguesía cubana había sido expropiada como clase con las nacionalizaciones de octubre-diciembre de 1960, los pablistas fueron más lejos y dieron su apoyo *político* a la dirección de Castro. En esto, Pablo, Mandel y Cía. fueron secundados por el SWP norteamericano, que en 1953 había rechazado, tardíamente pero firmemente, las consecuencias liquidacionistas del pablismo. El SWP elaboró un documento (“Hacia la pronta reunificación del movimiento trotskista”) en marzo de 1963 que proclamaba: “En su evolución hacia el marxismo revolucionario, el Movimiento 26 de Julio [castrista] sentó una pauta que ahora sirve de ejemplo para varios países.” Este fue el documento de fundación del “Secretariado Unificado” ahora encabezado por Mandel.

En otro documento de esa época el dirigente del SWP Joseph Hansen escribía que Cuba era un estado obrero “al

que le faltaban todavía las formas de gobierno democrático proletario”. Efectivamente, le faltaban las formas ... y la esencia. De hecho, Castro y Guevara lo probaron sin lugar a dudas cuando encarcelaron a los trotskistas cubanos en 1963. La obra de Trotsky, *La revolución permanente*, fue prohibida y las planchas del libro fueron destruidas en la prensa. Guevara, el favorito del S.U., hasta sugirió que los trotskistas eran agentes yanquis, haciendo notar que habían tenido influencia durante mucho tiempo en la ciudad de Guantánamo (cerca de la base estadounidense). Y sin embargo, simultáneamente Mandel estaba entrevistándose con Guevara en el Ministerio de Industrias y aconsejando “a mi amigo ‘Che’” sobre política económica. ¿Y qué aconsejaba al futuro “guerrillero heroico”? ¿Es que quizá “luchaba por la democracia obrera” en los pasillos del poder? No, en absoluto. He aquí lo que escribía Mandel en la revista del ministerio de Guevara, *Nuestra industria*:

“Cuanto más subdesarrollada sea la economía de un país... más sabio es, en nuestra opinión, reservar el poder de las decisiones sobre las inversiones más importantes y los temas financieros a las autoridades centrales.”

— traducido de “Mercantile Categories in the Period of Transition”, en Bertram Silverman y otros, *Man and Socialism in Cuba*

Esto constituye una apología descarada de la “planificación” económica totalmente irracional de la burocracia cubana, en la que las decisiones estaban tan centralizadas que todo lo decidía el *líder máximo* desde el timón de su jeep.

La represión estalinista no perturbó a los pablistas. Parecía que nada les inquietaba. Así cuando Castro lanzó su famosa diatriba rabiosa contra el trotskismo en el Congreso Tricontinental de La Habana en 1966, el dirigente del S.U. Hansen escribió que:

“...por mucha satisfacción que les produjera a los dirigentes de los PCs derechistas, [este ataque] fue considerado por todo elemento de vanguardia con algún verdadero conocimiento del movimiento trotskista, en el mejor de los casos como una identificación equivocada del trotskismo con la secta rara de J. Posadas; y en el peor caso, sólo como un eco tardío de las viejas calumnias estalinistas, cuyo propósito permanecía completamente oscuro.”

— *International Socialist Review*, noviembre-diciembre de 1967

Para los militantes proletarios que estaban encerrados en las cárceles de Castro el propósito de este ataque no era oscuro en absoluto. Sin embargo, los defensores del estalinismo cubano en el S.U. tenían razón en un punto. Al denunciar el trotskismo Castro dirigía su fuego no contra ellos sino contra quienes llaman por la revolución política para derrocar su régimen bonapartista y remplazarlo por el régimen democrático de los soviets. Cualquier intento de igualar la política capituladora del S.U. con este programa marxista—defendido únicamente por la tendencia espartaquista internacional—es un caso claro de identificación errónea. Si la acusación es de trotskismo, entonces Ernest Mandel puede declarar con conciencia tranquila: “¡Soy inocente!”

De la guerra de guerrillas al frente popular

A finales de los años 60 el foco principal de la búsqueda de los mandelistas por un atajo a la fama y a la buena

fortuna fue el movimiento castrista en América Latina. Así, en una resolución aprobada en el "Noveno Congreso Mundial" del S.U., se decía sin rodeos:

"Aún en el caso de países que serán entre los primeros a vivir grandes movilizaciones y conflictos de clases en las ciudades, la guerra civil adoptará las múltiples formas de lucha armada, en las que el eje principal durante todo un período será la guerra de guerrillas rural..."

— "Proyecto de resolución sobre América Latina", en el *International Information Bulletin* [del SWP norteamericano], enero de 1969

La primera tarea de los militantes del S.U. en Latinoamérica sería pues: "(a) integración en la corriente revolucionaria histórica representada por la Revolución Cubana y la OLAS..." Esto es en esencia la misma perspectiva liquidacionista planteada a principios de los años 50 por Pablo; sólo el destinatario de la adulación política y de las capitulaciones había cambiado de dirección.

Mandel, como es su costumbre, fue más circunspecto al expresarse sobre el guerrillerismo que los exaltados, superguevaristas como Livio Maitan. Pero en cuanto a la continuidad de la metodología pablista, Mandel habló a las claras; en un artículo sobre "El lugar del Noveno Congreso Mundial en la historia de la Cuarta Internacional" (1969) escribió:

"La situación comenzó a cambiar en el curso de los años 60, y fue el mayo francés el que reveló más claramente este cambio... El Noveno Congreso Mundial buscó hacerlo patente ante todo el movimiento revolucionario internacional.

"El rasgo más notable del cambio es la aparición de una nueva vanguardia revolucionaria a escala universal que ha escapado completamente al control de los aparatos estalinistas y reformistas y que se organiza autónomamente. Los primeros signos importantes de este nuevo fenómeno se remontan bastante tiempo atrás: al "Movimiento 26 de Julio", que dirigió la lucha guerrillera que derrocó la dictadura de Batista independientemente del PC y de todas las organizaciones tradicionales de la izquierda cubana..."

"Este giro no es sólo un giro hacia la creación de organizaciones independientes, capaces de servir como polo de atracción para los militantes de la nueva vanguardia, que no son ni reformistas ni estalinistas, y que buscan reagruparse nacional e internacionalmente. También implica un cambio de énfasis en cuanto a las principales formas de actividad del movimiento. En este sentido tiene tanta importancia como el giro esbozado por el Tercer Congreso Mundial, pero a un nivel mucho más avanzado en la construcción de la Internacional."

El Tercer Congreso de la Cuarta Internacional fue cuando Pablo elaboró por primera vez sus planes de "entrismo profundo" en los partidos de masas estalinistas y socialdemócratas. Mandel sigue:

"En el Tercer Congreso Mundial se trataba de romper con una actividad esencialmente aislada y de integrarse en el movimiento de masas revolucionario. En el Noveno Congreso Mundial se trataba de romper con una práctica esencialmente propagandística, es decir, centrada en la crítica de las traiciones y errores de las direcciones tradicionales... y de pasar a una fase en la que fuésemos capaces de tomar iniciativas revolucionarias, dentro del movimiento de masas."

— Ernest Mandel, *La longue marche de la révolution* (1976)

En ambos casos el fondo de la "táctica" era la capitulación ante las fuerzas de clase ajenas. El SWP norteamericano criticaba el "giro guerrillero" del "Noveno

Congreso", pero sólo porque él buscaba unirse a los liberales que se oponían a la guerra de Vietnam. Por su parte, las "palomas" del Partido Demócrata no estaban dispuestas a subir a la tribuna junto con partidarios del "terrorismo" en Latinoamérica. Los mandelistas no pudieron, sin embargo, sacar partido de su maniobra. La OLAS de Castro no hizo nunca nada por organizar "dos, tres, muchos Vietnam" después del fracaso de Guevara en Bolivia. Y los dos grupos principales del S.U. metidos en la lucha guerrillera desertaron: los bolivianos para unirse en masa al ELN castrista, y el PRT argentino separándose de Mandel y Cia. en 1973.

Como cada vez se ponía más claro que no había un atajo guerrillero hacia el poder en La Paz o en Santiago, los partidos comunistas pro-Moscú resucitaron sus estribillos de la "vía pacífica". En Chile el vehículo fue la Unidad Popular (UP), un frente popular de los comunistas y socialistas con pequeños partidos burgueses, encabezado por Salvador Allende. Mientras tanto, en Europa, tras el ascenso obrero y juvenil de 1968-1969 los reformistas trataban de salirle al paso a una radicalización masiva con implicaciones revolucionarias. Su respuesta fue una nueva oleada de frentes populares: la Unión de la Izquierda francesa, la estrategia del PC italiano de un "compromiso histórico".

La experiencia chilena fue crucial. En cierto sentido era un puente entre el guerrillerismo de finales de los años 60 y el frentepopulismo de los 70. Era también —y esto es lo más importante— el campo de batalla sobre el que se desarrolló el drama del frente popular hasta su amargo final. La "vía pacífica" terminó en un baño de sangre. La responsabilidad de los estalinistas y socialdemócratas, que predicaban la confianza en el cuerpo de oficiales y en la burguesía "democrática", es evidente. Pero tampoco el Secretariado Unificado de Ernest Mandel tiene las manos limpias. Primero sus simpatizantes chilenos aclamaron la victoria electoral de Allende en 1970. Luego, un año más tarde, el mismo S.U. promulgó una declaración "unánime" en la que se calificaba a la UP de frente popular, y que hasta declaraba:

"Es preciso mantener una completa independencia respecto a la coalición de frente popular. Los revolucionarios no pueden participar en una coalición así, ni siquiera ofreciéndole apoyo electoral. (Los marxistas revolucionarios pueden, en ciertas situaciones, votar por un candidato obrero pero no por un candidato de un frente que incluye partidos pequeño-burgueses y burgueses)."

— *Intercontinental Press*, 21 de febrero de 1972

En realidad, durante las elecciones chilenas de septiembre de 1970, sólo la tendencia espartaquista internacional defendía esta política. Más aún, nunca desde entonces se ha negado el S.U. a votar por los candidatos de frentes populares. Pero esta curiosa declaración indica que no ignoran la línea ortodoxa trotskista sobre los frentes populares... sólo que se oponen a ella. En cualquier caso, ninguno de los varios grupos partidarios del S.U. en Chile llevaron a la práctica esta línea. Y en septiembre de 1973, luego del golpe sangriento de Santiago, en un "Proyecto de resolución política" de la mayoría mandelista del S.U., se invertía el veredicto anterior sobre la UP, y declaraba:

"... desde el principio, ésta se diferenciaba de un Frente Popular clásico por el hecho de que declaraba

abiertamente su intención de entrar en el camino del socialismo, y que se apoyaba abiertamente en el movimiento obrero organizado.”

— *International Internal Discussion Bulletin* [del SWP norteamericano], octubre de 1973

Esta confusión intencional, cuyo propósito era encubrir el fallo total del S.U. de presentar una alternativa revolucionaria a Allende y Cia., pronto fue repetida en Europa. En Francia en 1973, la LCR mandelista promovía el votar por los candidatos de la Unión de la Izquierda en el segundo (decisivo) turno de las elecciones parlamentarias; en 1974 apoyaba el voto en el segundo turno por el candidato único del frente popular a la presidencia (Mitterrand); en 1977 pedía votar por las listas de la Unión de la Izquierda (que incluía candidatos de los Radicales de Izquierda burgueses) en el segundo turno de las elecciones municipales, y con la minimísima cubierta de ortodoxia aconsejaba la abstención sólo allí donde la lista estaba encabezada por un radical.

Igualmente, en Italia la sección del S.U. presentó candidatos en la lista de Democrazia Proletaria (DP) en las elecciones parlamentarias de junio de 1976. Aunque ubicándose a la izquierda del programa del Partido Comunista, de coalición con la Democracia Cristiana, la DP abogaba por un frente popular estilo chileno con los pequeños partidos republicanos y laicos de la burguesía. Y en Portugal, los discípulos de Mandel no sólo se unieron a un frente, el FUT, que apoyaba y tenía el visto bueno de un ala del Movimiento de las Fuerzas Armadas; sino que en las elecciones presidenciales de junio de 1976, el superestrella mandelista Alain Krivine aconsejaba votar por Otelo de Carvalho, ¡un general del cuerpo de oficiales burgués!

De ser las doncellas del Kremlin en los años 50, e hinchas de los castristas en los 60, estos empedernidos renegados del trotskismo se habían vuelto un grupo de presión de izquierda a los frentes populares de los 70.

Etiquetas

Cuando se formó el Secretariado Unificado en 1963, las dos partes contratantes se pusieron de acuerdo en que “lo pasado, pasado”, y las diferencias sobre China, el “entrismo profundo” y otras cuestiones debatidas fueron declaradas fuera de discusión. Sin embargo, con las primeras indicaciones de una radicalización de masas todas las viejas diferencias surgieron de nuevo, alineándose el SWP y sus satélites contra Mandel y sus amigos (la vieja guardia de lugartenientes de Pablo). El resultado fue una lucha de fracciones en el seno del S.U. que duró de 1969 a 1977, con fuertes polémicas públicas entre la minoría reformista encabezada por el SWP y la Tendencia Mayoritaria Internacional (TMI) centrista. Cuando en 1977 la TMI abrió el paso a la disolución de las fracciones, al abandonar su previo apoyo al guerrillerismo guevarista, lo hizo con el sobreentendido de que los documentos fraccionales serían relegados a la categoría de “material histórico”.

Así, aunque existe una verdadera aproximación entre los apetitos políticos de la ex-TMI y del SWP durante este período de frentes populares, el S.U. sigue siendo un bloque podrido. No es sorprendente por tanto, que Mandel

proponga periódicamente abandonar totalmente su falsa “Cuarta Internacional” en favor de grupos polimorfos de la “extrema izquierda” amplia. Estas criaturas perversas unirían a virulentos maoístas antisoviéticos con seudotrotskistas y sindicalistas espontaneístas, teniendo como única base política posible el deseo de presionar a la izquierda al frente popular más grande de los partidos obreros tradicionales. Así Mandel afirmaba en una entrevista con una revista de izquierda española a finales de 1976:

“En mi opinión el futuro del movimiento revolucionario está en un tipo de agrupaciones más amplias de las que se definen como trotskistas. Agrupaciones que se unifican, no obstante, con secciones de la IV Internacional.”

— *Topo Viejo*, noviembre de 1976

Pocos meses antes Mandel había emitido el mismo concepto en una conversación con el ala izquierda del PSU francés, encabezada por el mismísimo Michel Pablo. Cuando le preguntaron si la LCR no estaba más cerca de algunos grupos italianos mao-sindicalistas que del SWP norteamericano, Mandel respondió:

“... el verdadero debate no versa sobre etiquetas, el marco organizativo, los estatutos, las relaciones humanas o referencias a un barbudo llamado Leon Trotsky...”

“¿Qué importan las etiquetas? Si en la arena política encontráramos fuerzas políticas que estuvieran de acuerdo con nuestra orientación estratégica y táctica, y a quienes les causaran repudio sólo el nombre y la referencia histórica, nos deshaceríamos de éstos en 24 horas.”

— *Politique Hebdo*, 10-16 de junio de 1976

Otro dirigente de la izquierda del PSU, Yvan Craipeau, antiguo trotskista él también, respondió que no bastaba cambiar de etiquetas: era preciso renunciar también al concepto leninista de partido.

¿Le sirven este tipo de maniobras a los malabaristas del S.U. para llegar a la “nueva vanguardia” de manera efectiva y ganar hegemonía sobre ella? Sólo tenemos que echar una breve mirada atrás para observar los resultados de tales intentos en el pasado. El arquetipo de tal grupo centrista en el pasado próximo es el MIR chileno, un grupo castrista organizado en 1965 con la participación activa de la sección del S.U. dirigida por Luis Vitale. Efectivamente se abandonaron todas las “etiquetas” (Cuarta Internacional, trotskismo, revolución permanente, estados obreros deformados/degenerados). Pero sobre la base de un programa impreciso “a la izquierda del PC” el *World Outlook* (17 de septiembre de 1965) del S.U. declaraba que el MIR era “el partido marxista-leninista más importante que se haya formado jamás en Chile...”

Menos de dos años después, sin embargo, la dirección del MIR comenzó una depuración sistemática de todos los “trotskistas”, que pronto abarcó a Luis Vitale y a otros destacados dirigentes de la organización. Impertérritos, los mandelistas europeos (junto con el expulsado Vitale) siguieron alabando su creación centrista, y fue en parte para no “aislarse” del MIR que la TMI adoptó una posición de “apoyo crítico” a la UP. La comisión latinoamericana de la LCR francesa protestó contra la antes citada resolución sobre Chile del S.U. de diciembre de 1971 a causa de sus críticas blandas al MIR, pretendiendo que éste tenía “una posición absolutamente clara sobre la cuestión de la revolución permanente” y señalando “la influencia de posiciones trotskistas” (*International Internal Discussion Bulletin* [SWP], febrero de 1973). Los mandelistas criticaron a su propia

organización fraternal en Chile como peor que el MIR, y a menudo han recaudado grandes sumas de dinero para los castristas mientras dejaban a sus camaradas pidiendo limosnas.

Pero el ejemplo clásico de grupo "amplio", "abarcando trotskistas", con el que sueña Mandel, es el POUM español, nacido en 1935 de la fusión de la Izquierda Comunista (encabezada por Andrés Nin) y el Bloque Obrero y Campesino de Joaquín Maurín. También ellos abandonaron las etiquetas, y adoptaron posiciones ambiguas sobre la naturaleza de la Rusia de Stalin, el frente popular y otras cuestiones cruciales. La respuesta de Trotsky fue romper todo lazo político con el renegado Nin y llamar a una lucha preventiva en el seno de la Cuarta Internacional contra adictos del POUM y de otros conglomerados centristas similares. Con sus múltiples vacilaciones, esta amalgama inestable se convirtió en el peor enemigo de la revolución proletaria en España, escribió Trotsky. Y sería ésta, precisamente, la suerte de los productos de los "reagrupamientos" oportunistas de Mandel si lograran obtener un apoyo de masas.

Objetivismo y capituladores

En los últimos dos años la mayor novedad en la izquierda europea ha sido la aparición de la corriente eurocomunista. Como se podía esperar de Mandel, siempre dispuesto a pegarse a lo que está en boga, el líder del S.U. vió este desarrollo como un proceso que podía llevar a la conversión de viejos estalinistas como Santiago Carrillo en leninistas. En la segunda parte de la entrevista del *Topo Viejo* arriba citada, Mandel se refiere a la contradicción entre "el aspecto positivo y el negativo" del ascenso del eurocomunismo:

"Los compañeros dirigentes del Partido Comunista, especialmente sus cuadros obreros, deberán asumirla [esta contradicción] y resolverla; y espero y confío que sean capaces de resolverla positivamente, en el sentido de que vuelvan a la senda del marxismo revolucionario.

"El eurocomunismo es una política de transición, aunque nadie sabe hacia dónde o hacia qué. Quizá representa una transición hacia la reabsorción de los partidos comunistas por parte de la socialdemocracia, cosa en mi opinión poco probable, pero no totalmente excluible. Quizá sea una transición hacia un nuevo estalinismo. Y también, ¿por qué no? puede ser una transición, por parte de los cuadros obreros del Partido, hacia un reencuentro con el marxismo revolucionario, con el leninismo."

— *Topo Viejo*, diciembre de 1976

Así volvemos de nuevo al pablismo cosecha 1950, viendo a los "compañeros dirigentes" del PC como potencialmente recuperables para la revolución. Así, una vez más, partidos trotskistas independientes y una auténtica Cuarta Internacional forjados en la lucha contra el estalinismo, la socialdemocracia y todas las variedades del centrismo, se consideran superfluos (son meras "etiquetas" que se descartan en el curso de maniobras organizativas). Pero debiera ser evidente hasta para aquellos poco familiarizados con los diversos grupos que se reclaman del trotskismo que hay algo fundamentalmente pervertido en un "trotskista" que no quiere construir ni partidos trotskistas ni una internacional trotskista. El diagnóstico de esta enfermedad es liquidacionismo pablista, y Ernest Mandel es uno de sus principales portadores.

El revisionismo político de Mandel está estrechamente unido a su teoría económica, marcada por un objetivismo fundamental. A principios de los años 50 argumentaba que

"la relación de fuerzas se ha inclinado decisivamente a favor del campo anticapitalista." Así alineándose con los partidos pro-soviéticos los pablistas creyeron que estarían bien ubicados para apoderarse de la dirección de los movimientos revolucionarios de masas que inevitablemente se generarían en el seno de los PC. Al mismo tiempo argumentaba Mandel-Germain que la restauración del capitalismo en la URSS "ya no está en la esfera de la posibilidad" a corto plazo ("Ocaso y caída del estalinismo", resolución presentada al "Quinto Congreso Mundial" pablista, *Quatrième Internationale*, diciembre de 1957).

A mediados de la década del 60, el objetivismo mandeliano aseguraba que el capitalismo "no experimentará nuevas crisis como la de 1929" (*Temps Modernes*, agosto-septiembre de 1964). Por lo tanto, bajo el lema del "neocapitalismo" el programa transicional se transformó en una marabunta de "reformas estructurales anticapitalistas". Este objetivismo está en el meollo de su visión. Así la primera frase de su *Introducción a la teoría económica marxista* dice: "En última instancia, todo paso adelante en la historia de la civilización fue logrado por un aumento en la productividad del trabajo." Compáren esto, por ejemplo, con el *Manifiesto Comunista* que declara con la misma brevedad: "La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de luchas de clases."

Uno de los mejores ejemplos del objetivismo político-económico de Mandel es su carta de enero de 1953 a Jean-Paul Sartre, escrita bajo el efecto de la Revolución China:

"Para nosotros la naturaleza de un periodo no se determina en primer lugar por la *dirección* del movimiento de masas sino por su *extensión*. . . . Nunca en la historia del capitalismo ha habido un periodo durante el cual, en toda la tierra, el número de participantes, la violencia y la extensión del movimiento de masas haya sido tan considerable como hoy. Esta es la razón por la que consideramos el periodo actual como un periodo eminentemente revolucionario.

"...A escala mundial la relación de fuerzas está evolucionando de una manera cada vez más desfavorable para el capitalismo."

— *La longue marche de la révolution*

En otra parte hemos señalado las semejanzas entre el objetivismo económico de Mandel y el de Bujarin, con las "ondas largas" de aquel como versión más general de los "periodos" del imperialismo de éste. Trotsky escribió en 1928, en su respuesta al proyecto escrito por Bujarin del programa de la Comintern estalinizada (basado en la afirmación de un "Tercer Periodo" de crisis final del capitalismo) una polémica que destruye totalmente el objetivismo servil de Ernest Mandel:

"En tanto que, cuando las premisas objetivas están maduras, la clave de todo el proceso histórico pasa a manos del factor subjetivo, es decir, del partido. El oportunismo, que vive consciente o inconscientemente bajo la sugestión de la época pasada, se inclina siempre a menospreciar el rol del factor subjetivo, es decir, la importancia del partido revolucionario y de su dirección. Esto se hace sentir en las discusiones que se produjeron acerca de las lecciones del octubre alemán, del comité anglorruso, y de la revolución china. En todas esas ocasiones, como en otras menos importantes, la tendencia oportunista siguió una línea política que contaba directamente con las 'masas' y, por consiguiente, olvidaba los problemas de la dirección revolucionaria. Esta manera de abordar la cuestión, en general, falsa desde el punto de vista teórico, es particularmente funesta durante la época imperialista."

— *La Internacional Comunista después de Lenin*

Ernest Mandel: un centrista para toda época



Ernest Mandel

Spartacist Canada

—traducido de Spartacist (English edition)
No. 25, verano de 1978

Una versión abreviada de este artículo se repartió en una conferencia en Nueva York el 4 de mayo de 1978, en la que Mandel habló sobre la crisis económica mundial.

Ernest Mandel es un académico de izquierda de clase internacional, que vuela de continente en continente dando conferencias y concediendo entrevistas, autor prolífico de libros y artículos, una "estrella" cuyos puntos de vista son buscados ansiosamente por revistas de última moda y hasta por los más prestigiosos y pretenciosos periódicos burgueses. Quizás sea el más conocido de la hermandad de economistas que se reclaman de la tradición marxista, y más próximo al leninismo ortodoxo que un Sweezy o Bettelheim. Es, finalmente, el mismísimo retrato del intelectual comprometido, corriendo de las aulas de Louvain o de la "Universidad Libre" de Berlín a reuniones del "Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional" del que es el principal vocero, o a conferencias con funcionarios de planificación en La Habana. Para los medios de comunicación burgueses y los gobiernos imperialistas Ernest Mandel es la personificación de la "amenaza trotskista", la bestia negra que debe ser detenida en las fronteras por la policía secreta o excluida por leyes macartistas.

Dejando aparte los brotes periódicos de histeria reaccionaria contra una "Cuarta Internacional terrorista", Mandel goza de buena fama ante una gama bastante amplia del espectro político, que abarca desde liberales declarados hasta descarados estalinistas. Esto es tan diametralmente contrario al oprobio y a la persecución que

sufrieron León Trotsky y los comunistas cuarta-internacionalistas de su época que uno tiene que preguntarse el porqué. Si este hombre es el enemigo irreconciliable de todos los regímenes de dominio de clase burgués o de opresión burocrática existentes en todo el orbe, el defensor intransigente del auténtico marxismo y leninismo contra todo matiz de revisionismo, un denunciante furibundo de los que traicionan la causa del proletariado: ¿cómo se explica, entonces, que no sea objeto de odio universal? *La respuesta es sencilla: Ernest Mandel no es un trotskista sino un embustero. Quienes han acudido a este acto a escuchar a un verdadero bolchevique-leninista deben exigir el reembolso del precio de la entrada.*

En realidad, aunque sabe perfectamente lo que es la intransigencia bolchevique y puede escribir una polémica ortodoxa tan fácilmente como producir apologías oportunistas, durante el último cuarto de siglo Ernest Mandel ha luchado *contra* una perspectiva y un programa trotskista en todas las coyunturas cruciales. Ha utilizado su mente ágil y su impresionante erudición para urdir un disfraz "teórico" revisionista para cada moda radical pequeñoburguesa: el poder estudiantil, la "lucha armada" de las guerrillas campesinas, el frentepopulismo. Durante los años 60 cuando el "poder estudiantil" estaba en su apogeo se enredó con todo gusto con la Nueva Izquierda. En vez de subrayar que el proletariado era todavía la clave, escribió que las luchas obreras habían sido "compradas" bajo el "neocapitalismo", y sus partidarios lanzaban la consigna de la "universidad roja". Cuando el "Che" Guevara era el héroe de los recintos universitarios, Mandel, lejos de insistir en la necesidad de un partido proletario de vanguardia para dirigir las luchas de las masas

sigue a la página 24